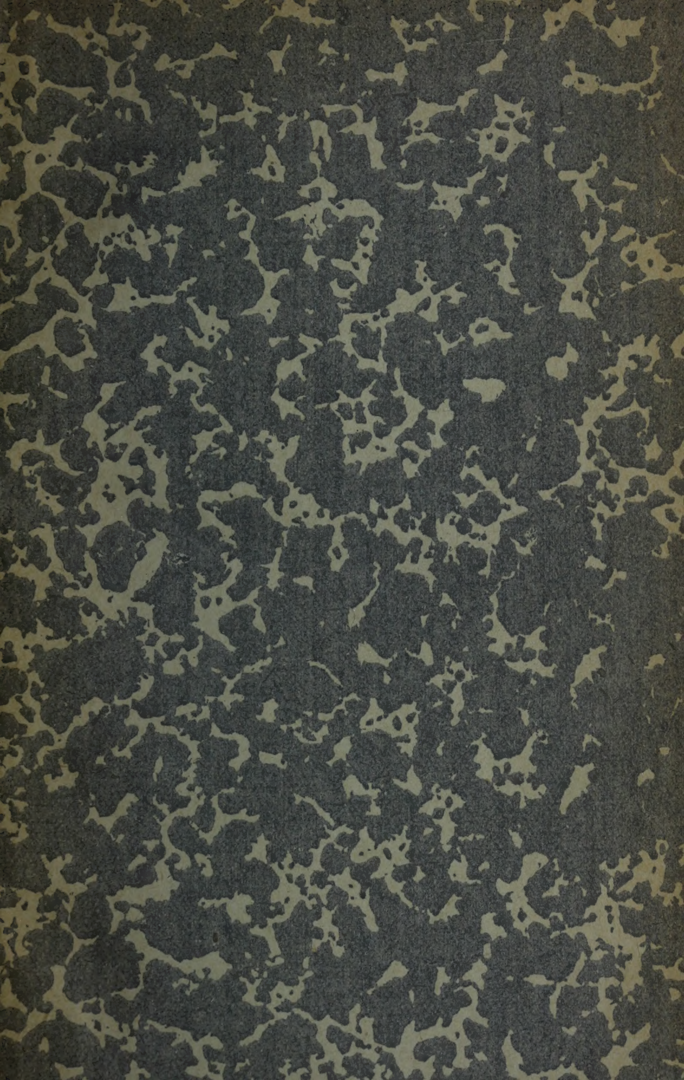

3 1761 09545307 2





EL RETORNO

Imp. de V. Rico.-Paseo del Prado, 30.-MADRID

ANTONIO DE HOYOS
Y VINENT

EL RETORNO

NOVELA



BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID



PRÓLOGO

Señor D. Antonio de Hoyos y Vinent.

Mi querido amigo: Como usted sabe que puede disponer de mí a su talante, dispone y quiere que le prologue su novelita El Retorno.

El único agarradero que me ofrece es el «que diga la verdad». Bien me conoce usted al ofrecérmelo, porque sin ese agarradero caeríame yo en la sima

de la nada. No valgo yo para fantasear, tengo demasiado secos los cascos para inventar; la realidad, la verdad que se pone delante de mis ojos es lo único que me puede forzar a tomar la pluma. Si el libro que leo no me contenta, me callo.

La pasamanería de los panegíricos no se hicieron para mis dedos; no sé inventar alabanzas embusteras.

A Dios gracias, la novelita de usted, que acabo de leer, me contenta: puedo decir la verdad sin molestarle mayormente, y usted, que dispone de mí, quiere que se la diga. Allá va, pues.

Pero usted me pide cuatro letras; cuatro letras son cuatro letras, y esto tira a prologazo. Esta novelita, con las demás de *Llamarada*, forman un retablo de aquellos del siglo XV, de estofado y oro, que guardan las oscuras y empolvadas capillas de nuestras catedrales, delante de los cuales yo suelo quedarme absorto y traspuesto, como arrobado por visión mística.

Nada más místico, más virginal, más candoroso, más divino, que esos retablos. Y lo digo puesta la imaginación en uno de los últimos que vi en la catedral de Sigüenza, en una poco

visitada capilla de la nave de la izquierda. Si no la ha visto, vaya y véala. Cae hacia el centro de la nave. El tal retablo es poco conocido, aunque hay tantos en España que es una bendición. Para mí lo es de veras quedarme arrobado contemplándolos.

Su colección *Llamarada* es un retablo, y recuerda los añejos retablos, no sólo porque como en ellos, pinta en pequeños y lindos cuarteles, en estrecho lazo, lo divino y lo humano, lo místico y lo diabólico que se reparten el alma humana, el ángel y el demonio metidos en el humano sér, y luchando en sus entra-

ñas a brazo partido los goces celestiales y los goces mundanos, el dolor y el placer, el martirio y su corona, el zafir de los cielos caído en el fangal de este mundo, sino hasta por el nombre mismo de *Llamarada* que puso usted a su colección. Porque eso es un retablo: llamaradas humanas, donde se mezcla la luz y el humo, y donde el rojo y el oro predominan.

Me dirá usted que estas son tonterías mías, que me dejo llevar de la licencia que me ha dado de desembuchar cuanto a mis solas se me ocurra.

Otra verdad será respecto a

El Retorno, una de las tablas del retablo, de las más chicas, de esas como de relleno que en los retablos se ven, pero que son tan estimables joyas como las tablas mayores. En El Retorno hallo cifrado todo el pensamiento que tan rica, variada y despilfarradamente viene usted exponiendo en todas sus novelas. La lucha entablada en el alma humana entre el bien y el mal, entre Ormuz y Ariman, que decían nuestros místicos, el *Auramazda* y el *Ahriman* de la religión mazdea, de que nos habla el *Zendavesta*, y esa es la vida del hombre sobre la tierra, ese

el verdadero problema religioso, el asunto de la Biblia, el palenque adonde bajó San Agustín contra los maniqueos, la *Noche oscura* de San Juan de la Cruz, a quien tanto ha estudiado usted y a quien tendrá todavía que estudiar, porque es lo sumo de la mística declarado en un decir de mieles. Lucifer y el ángel de luz andan en sus novelas, como andan en la vida humana. El hombre que se deja arrebatar de sus apetitos carnales se arrepiente luego y se da a la ascética y a la mística, y *retorna* a las andadas de la bestia. Eso es EL RETORNO, y ese es el vivir de todo hombre,

hoja que arremolina el viento y lleva y trae a su antojo, viniendo a caer, generalmente, en el lado del camino del cual no se alzará y será hollada por mulas y asnos. El *Libro de buen amor,* del arcipreste Juan Ruiz, no tiene otro plan ni otro propósito.

Es otro de los autores que le recomiendo, porque es de su vena de usted y de su estilo. Con lo cual estamos en la cuarta verdad que tenía que decirle, ya que no puedo dilatarme más en la tercera, que bien lo merecía. Digo que conviene usted con el arcipreste de Hita en muchas cosas; pero ahora aludo

tan solamente a la *reciura*. Es usted escritor *recio*, como él. Voz es ésta que un amigo me decía el otro día que menudeaba yo mucho en mis escritos, que era una de mis voces predilectas. Es cierto: cada autor tiene las suyas, y una de las mías es esa. Sin duda porque me gusta en arte lo recio, acaso por ser yo bronco y recio aragonés. Por la reciura en el fantasear, en el idear, en el decir, se distingue usted, mi amigo Hoyos, y de aquí nuestra mutua simpatía.

Sin llegar comunmente al brochazo, sus pinceladas son vigorosas y largas, tiéne epítetos y

frases de grande acierto. En El Retorno he subrayado algunas. «Los rebeldes bucles de su cabellera corta y dorada, de ese *muerto* dorado lleno de imprevistos reflejos que vemos en algunos cuadros del *Veronés*». Un dorado *muerto*, justo, admirable.

«Fuerte de espíritu, noble de sentir, su carne flaqueaba, e ideas feas, que eran en su alma como *un caracol* en un jardín de rosas, manchaban la pureza de su pensamiento». «Sentada en su butaca de gutapercha, que encajaba en la elegancia napoleónica de la habitación como

una zapatilla a un traje de gala». «Enfundadas en trajes inverosímiles de pomposas colas que las convertían en *pavos reales*». «Con invenciones de guisos que eran *cantáridas* y salsas que sabían a *pomada* de perfumería». «Reía el elemento masculino las procacidades que *escupía* la dama». «Sobre el firmamento de una extraña transparencia de *líquido* zafiro». «Y toda aquella juventud y aquel varonil vigor, una mentira que *resbalaría* el día menos pensado en la imbecilidad o la locura». «El hombre que tú creías digno de ser tu compañero no es más

que un inmundo *pelele* a quien quizás veas vuelto a la infancia, sucio, *babeante*, repulsivo». «La Pancorbo santiguóse (era muy devota, y mientras con un oído escuchaba los chismes, con el otro oía la Santa Misa)».

«La Barbazón, que acababa de reñir con su séptimo amante, creyóse en el caso de volver por los fueros de la moral». «¿Por qué te dejas tentar por el *escarabajo* del deseo?»

Sobran ejemplos y cosillas que algunos tendrán por pequeñeces. Pero esas son las pequeñeces que hacen grande el estilo. No son frases, epítetos rebuscados

o coleccionados como en surtido para irlos encajando; son ocurrencias no buscadas de *recio* escritor. En cambio, hallo algunas palabrejas estrafalarias, galicismos, quiero decir; pero ya los irá usted despreciando conforme se vaya repapilando en la lectura de nuestros viejos místicos que le enseñarán otras más castizas y expresivas. Que los lee usted está a la vista en las apropiadas citas que trae en El Retorno.

Y como las cuatro palabras se han convertido en demasiada palabrería, déjolo aquí, diciéndole que lo mejor que puede usted

hacer es no publicar este prólogo extravagante con los de Ortega Munilla y la Pardo Bazán, si no quiere que él sea el Tersites junto a Néstor y Ulises. Le quiere su siempre amigo

Julio Cejador.

MEDITACION PRELIMINAR

En la noche negra del Alma, el pecado es como un monstruo, que surge del abismo. Tiene alas de murciélago, cola de escorpión, senos de ramera y ojos de basilisco. Unas veces reviste la magnificencia de la Quimera, y otras es como una mujerzuela, que nos arrastra por un camino oscuro. Como un náufrago perdido en medio de la tempestad, el pecador se siente zozobrar a merced de los vientos y vuelve sus ojos hacia el faro de salvación, que es el amor de Dios. Pero no basta la atrición, que es la cobardía del alma atribulada; hace falta el horror espantoso de la contrición; hace falta que desgarremos nuestras carnes en los zarzales del camino; que azotemos nuestros cuerpos con las disciplinas revestidas de agudas puntas; que abrasemos en las llamas de las hogueras nuestras inmundas concupiscencias; que, como el Santo Asís, llevemos en pies y manos los divinos estigmas; que, como la Beata Lucía, llevemos nuestros ojos en una bandeja. Y así, cuando el genio de las fornicaciones haya huído en las tinieblas, sangrando, desgarrados, miserables, cubiertos de lepra y basura, nuestros labios, purificados por el carbón ardiente, murmuren una imploración suprema: ¡Señor, ten misericordia de mi gran miseria!

DEDICATORIA

Para aquellos a quienes el buitre del deseo roe, insaciable, las entrañas; a los que padecen hambre y sed de pureza; a todos los que la lujuria arrastra al través de la noche.

EL RETORNO

PRIMERA PARTE

LA LÁMPARA DE LA ESPERANZA

De la misma manera que se atormenta y aflige el que desnudo se acuesta sobre espinas y puntas, así se atormenta y aflige el alma que se acuesta sobre sus apetitos; porque a manera de espinas hieren, lastiman y dejan dolor.

San Juan de la Cruz
Avisos y sentencias espirituales.

CAPÍTULO PRIMERO

LA CONFESIÓN

> Ten misericordia de mí y sácame del lodo para que no sea atollado del todo.
>
> *Kempis.*

La confesión resonó bíblica, horrenda en la frívola elegancia del salón.

Miguel, la cabeza doblada sobre el pecho, hablaba lentamente. Un rizo negro, casi azulado, rompiendo el artificio del peinado británico, caíale sobre la frente pálida; sus ojos, sombríos, enormes, apasionados y ardientes, ojos de aventurero, de conquistador o de iluminado, a que las ojeras profundas rodeaban

de no sé qué misterioso prestigio, fijábanse insistentemente en el suelo; una lividez cadavérica cubría las mejillas enjutas que tenían la transparencia de la cera, y la boca pálida, de finos labios, crispábase en un tic nervioso. Aquella cabeza trágica contrastaba extrañamente con la elegancia de moderno Brummel, del resto de su persona, y daba la inquietante sensación de una carnavalada monstruosa en que hubiesen colocado la cercenada cabeza del Bautista sobre un maniquí de tienda de modas. Hablaba lentamente, mejor dicho, salmodiaba con la dolorosa monotonía de un canto funeral, las atroces historias, y su voz gemidora, monótona, resignada, voz confesional, tenía algunas ve-

ces inflexiones amargas, sarcásticas, crueles, en que por un momento, olvidada la disciplina de los grandes pecadores contritos, asomaban las feroces amarguras del hombre de mundo perennemente en lucha, acumuladas en su alma.

Hincada la cabecita en el busto desnudo, Ernestina escuchaba. Los rebeldes bucles de su cabellera corta y dorada, de ese muerto dorado lleno de imprevistos reflejos que vemos en algunos cuadros del Veronés, caían traviesos a los lados de la cabeza afinando el óvalo del rostro, tal vez un tanto incorrecto en sus facciones imperfectas, un poco confusas, su nariz gruesa y su boca grande, fresca y roja. Una pierna cruzada sobre otra, apoyaba un

brazo en la rodilla, sosteniendo con la mano, enjoyada de esmeraldas, el cigarrillo turco que, distraída, había dejado apagar, mientras el otro brazo pendía inerte aprisionado por grueso anillo de negro jade, y el busto entero, doblado hacia adelante, hacía valer, bajo la ceñida túnica de crespón morado, estelada de diamantes, la elástica elegancia del cuerpo que, libre de la prisión del corsé, tenía una gracia casi andrógina de felino voluptuoso y cruel.

La confesión deslizábase en uniforme cuchicheo, desgarrado a veces por un sarcasmo, un lamento lleno de amargura o un involuntario impulso de rebeldía. Ernestina oíale silenciosa. Ni un chiste, ni una

ironía, ni una palabra de banal consolación, ni una observación, nada. Limitábase a alzar de vez en cuando, al llegar el pecador a un momento de dolor supremo en que las palabras salían de su garganta truncadas, roncas, inarmónicas, fundidas en silenciosos sollozos, los ojos del suelo y fijar las pupilas inmensas, doradas, luminosas, en el desdichado con una mirada de dulzura infinita, para luego volverlas a abatir al suelo. Sentía piedad sin límites por el amigo, por el hermano, por el amado triste, que se entregaba a ella en un renunciamiento casi místico, y su corazón, su gran corazón de mujer elegida, comprendía que ni la risa, ni la ligereza, ni un consuelo vulgar podían mitigar ta-

maño dolor, y sólo la piedad en el silencio era buena.

Ella siempre fué así, todo corazón. Constantemente sintió el ansia de sacrificio, de abnegación, de renunciamiento; invariablemente necesitó alguien por quien inmolarse, de quien ser apoyo y defensa, abrasándose en una ardiente fiebre de amor por todas las criaturas. ¡Ah, su inmensa ternura por los chiquillos, por los débiles, por los tristes! Y, sin embargo... ¡por qué, Señor, aquel desnivel entre su corazón y su cabeza, entre su alma y su carne! Irónica, mordaz, chocábale como a nadie el lado ridículo de las cosas, y hería involuntariamente, clavaba las burlas en los corazones, cuya sangre quería inútilmente restañar;

fuerte de espíritu, noble de sentir, su carne flaqueaba, e ideas feas, que eran en su alma como un caracol en un jardín de rosas, manchaban la pureza de su pensamiento.

En el salón contiguo, el *salón azul,* los invitados de tía Belita tomaban el café. Sentada en su butaca de gutapercha, que encajaba en la elegancia napoleónica de la habitación como una zapatilla a un traje de gala, escuchaba los disparates que se les ocurrían a aquellos señores, sonriendo beatíficamente y dando cabezadas, no se sabe si de aprobación o de sueño. Tía Belita Marbella, como la llamaba su parentela, la excelentísima señora marquesa de Marbella para los demás, era una dama chapada a la an-

tigua, muy gran señora, muy amplia de criterio, muy benévola, pero española a machamartillo, castiza de verdad y un tanto apegada a lo viejo. «Bueno que la gente joven evolucione, es de la edad—solía decir frecuentemente—, pero los viejos debemos respeto a lo tradicional, *a lo nuestro;* ser fieles a lo que fuimos.» Y éralo ciertamente en lo moral y en lo físico, pues si bien en lo uno, católica, muy católica, más aún, cristiana vieja, no admitía las devociones de última hora y seguía rezando a su Virgen de los Desamparados, a su San José, su San Antonio y su San Roque, prefería a las coquetonas capillas modernas con calefacción y luz eléctrica las viejas iglesias destartaladotas, oscuras y

frías, con ruedos de estera y velas de cera; y para sus limosnas, en vez de Asociaciones y monsergas, entendérselas con el cura de su parroquia, un santo varón; en lo material continuaba con su hábito del Carmen, su toquilla de crochet y sus mitones de seda negra. Baja, gorda, bigotuda, con el escaso pelo blanco apretado en alto rodete, ofrecía un contraste pintoresco con la elegancia ultramoderna de las mujeres que desfilaban por su casa. Porque eso sí, tía Belita tenía *un salón*, y salón elegantísimo, a que las gentes disputábanse el honor de ir. Ante la fiebre de elegancia que se apoderaba de la sociedad, la dama sonreía y dejaba hacer, siempre quo no la molestasen, pues un poce

egoísta, la propia comodidad era el límite supremo de su condescendencia. Bueno que sus sobrinos le hubiesen puesto la casa patas arriba y que conservando joyas artísticas y recuerdos de familia, ¡no faltaba más!, hubiesen desterrado los antiguos muebles y los rasos de colorines para sustituirlos con decorados Luis XV, Luis XVI e Imperio; bueno que las mujeres desfilasen por sus salones escotadas hasta el ombligo, enfundadas en trajes inverosímiles de pomposas colas que las convertían en pavos reales; bueno que el cocinero (uno de los mejores conocidos) hiciese diabluras estropeando estómagos con invenciones de guisos que eran cantáridas y salsas que sabían a pomada de perfu-

mería; pero todo aquello no rezaba con ella. ¡Cualquier día iba a sentarse en sillas llenas de bronces, que arañaban, o a coger una pulmonía enseñando carnes que no le importaban a nadie, o a echarse a perder la naturaleza comiendo cosas que ni el mismo *jefe* sabía lo que eran! Y práctica, ramplona, había plantado en medio de los muebles de caoba y bronces forrados de brocado verde, florecido de laureles de oro, del salón Imperio, su gran butaca de gutapercha; vestía su holgado hábito; arropábase en cómoda toquilla, y mientras los demás eran candidatos a una indigestión, comía ella su cocidito bien espolvoreado de azafrán, el *cocido de pobre*, que le guisaba una vieja cocinera servidora de la

casa desde el año de la nanita. Ahora mismo, escudada en aquello de que ella era muy *a la pata la llana*, somnolaba cómodamente hundida en su poltrona, muy abrigadita en su toquilla, mientras en pie (para no engordar) los invitados discutían acaloradamente. Eran pocos aquella noche, pues con su cuenta y razón había limitado el número, y así, además de la pareja que charlaba en el salón contiguo, no había sino Valentina Valdemar, el marqués de San Balandrán, el conde viudo de Ruipalma y Pepito Cadorga, que valido de su confianza de perpetuo parásito, a quien todo le era permitido y en quien las mayores extralimitaciones se reían como gracias, se había colado allí, con

secreto sobresalto de la Marbella, que temía le echasen a perder sus planes casamenteros.

Mientras la dueña de la casa dormitaba beatíficamente, Valentina Valdemar, duquesa de Valdemar, condesa-duquesa de Atlante, reinaba sobre el pequeño grupo de hombres. El pelo rubio ceniciento, los ojos verdes y gatunos y el rostro pecoso; era más bien baja de estatura, y hubiese pasado desapercibida, o todo lo más fuese confundida con una modistilla metida a aventurera, si el gesto resuelto, pródigo, exuberante, gesto del persona hecha a mandar, la extraña seguridad en la voz y el ademán, y una innata elegancia, elegancia de raza, de selección, no marcase

al través de la insignificancia de la persona y de la cocotesca elegancia de la indumentaria, la gran dama. Casi desnuda, mostrando mal velados por los encajes los senos redondos y firmes, sobre los que temblaban entre gruesos brillantes las inquietantes aguas de un collar de colosales peridotas, erguíase sobre los altos tacones Luis XV, envuelta en la estrepitosa elegancia de un traje en que grandes paños de terciopelo azul heráldico mezclábase con bandas de gasa verde bordadas de esmeraldas, que después de caer desde los hombros a la cintura, entre encajes, desplomábanse en una inmensa cola que se abría en el suelo pomposa.

Reía el elemento masculino las

procacidades que escupía la dama, que, al parecer, hallábase siempre presa de sorda y desdeñosa irritación; subrayaba San Balandrán, con intención de miureño, observaciones crueles, y hacía Pepito chistes muy malos. Sólo Ruipalma, caballeresco y enfático, aunque rindiendo siempre pleitesía a la cruel, rompía discretamente lanzas por ausentes amigos. Era el buen conde de esa generación de caballeros poetas, de señores cultos y bien educados que tenían la devoción del honor, eran galantes con las señoras y perpetuaban madrigales a Filis y Amarilis en los álbums de sus amigas. Para ellos la poesía era el arte del buen decir, la manera de envolver en ropajes clásicos pensamientos

amatorios un tanto inocentones, y la Historia una sucesión de hechos heroicos o trágicos que tenían por fuente explosiones de sentimientos, luchas por el ideal, y aun alguna vez causas sobrenaturales, pero en que no existía ese demoledor afán de análisis que hace a la generación actual buscar en pasiones y hasta en monstruosidades el origen de los hechos, aun de aquellos más excelsos y gloriosos, y que, arrumbando a un rincón el Destino de los antiguos y la Providencia de los cristianos, hace de la humanidad una serie de muñecos movidos por los hilos que manejan monstruosas deidades: la Lujuria, la Concupiscencia, la Ambición y el Odio.

Habían despellejado ya a unos

cuantos amigos, cuando los glaucos ojos de la Valdemar cayeron sobre la pareja que cuchicheaba en aparte harto sospechoso.

—¿Pero han visto ustedes?... Lo de Ernestina y Miguel va viento en popa—. Y con ironía sangrienta:—¡Dios los cría y ellos se juntan!

—¡Ya lo creo que se juntan!—afirmó indignada tía Belita, que, aunque parecía sumida en plácido sopor, dormía con un ojo abierto.

¡Pues no faltaba otra cosa! ¡Hasta allí podían llegar aquellas lenguas de Satanás! ¡En sus narices, y después de comerse sus trufas, dedicarse a arrancar tiras de pellejo a Ernestina, la sobrina predilecta, y a Miguelito, a quien ella quería casi

como a un hijo! ¡Si era para perder los estribos! Capaces serían aquellos malos bichos de querer romper los proyectos matrimoniales que ella con tanto trabajo había forjado.

—¡Ya lo creo que se juntan!—insistió con desparpajo tal, que en vez de soñolienta señora, tenía ciertos tonos de despierta, y muy despierta, fiadora o chamarilera—. Y hacen ¡pero que muy requetebién! ¡Pocos habrá criado Dios que valgan lo que ellos!

Sorprendidos como chicos de la escuela en el momento de hacer una diablura, ninguno acertó a protestar; sólo la Valdemar, incapaz de darse por vencida, túvoselas tiesas con la indignada Marbella.

—Será lo que quieras, tía; pero Ernestina es muy loca y muy descaradota.

—¡Descaradota!—protestó indignada la vieja—; descaradota porque llama al pan, pan, y al vino, vino, y no anda haciendo dengues... Hija, yo las prefiero así, que llamen a las cosas por su nombre, que sean castizas y no se muerdan la lengua, que no esas niñas relamidas, muy a la francesa, que parece que en su vida han roto un plato, y luego resulta que han desportillado hasta la sopera.

Hablaba con desgaire de madrileña un poco desdeñosa por los fililíes de extranjis. Siguió:

—Ernestina tiene un corazón de oro. Nadie sabe lo que vale esa chi-

ca. Un corazón que no le cabe en el pecho...

—El corazón no basta—objetó Valentina, sin darse a partido.

—¡Que no basta! ¡Talento y corazón! ¡Pues pide por esa boca!

—¡Ya lo creo que pido!... ¡Sentido común!

La marquesa la miró severamente por encima de las gafas: luego aseguró con autoridad:

—El sentido común es la coraza de las mujeres que no tienen ni cabeza ni corazón. La que tiene las dos cosas, maldita la falta que le hace el dichoso sentido común.

Cadorga acudió a echar un capote a su amiga.

—Pero Miguel siempre fué una bala perdida.

—¿Miguel? Miguel lo que tiene es que vale más que pesa. ¿Que la ha corrido por esos mundos de Dios? ¡Mejor que mejor! ¡Los hombres, tarde o temprano, la han de correr!...

Mientras los demás discutían su suerte, Miguel y Ernestina, ajenos a todo, en un absoluto aislamiento espiritual, continuaban el misterioso coloquio, como si en vez de dos elegantes en un salón mundano, fuesen anacoretas en un desierto de la Tebaida. Casi irónico, bajo la mundana apariencia, el muchacho proseguía la dolorosa confesión. Primero evocó su infancia melancólica. Tímido, apocado, herido en su enfermiza impresionabilidad por cosas para otros chicos indiferen-

tes, vivió los años de la niñez reconcentrado en sí mismo, hostil a los demás, adormilado en un estupor doloroso. Aún recordaba algunos lances que fueron para él desengaños, verdaderas tragedias anímicas con muerte de ilusiones y derrumbamiento de creencias. Una noche... Era noche de Reyes; insomne, arropado en la camita mientras sus padres asistían a un festejo mundano, esperaba ansioso la venida de los Magos de Oriente. Su imaginación, excitada, fingíale fantásticos cuadros. De un momento a otro abriríase la ventana de par en par a la conminación de un mágico *sésamo*, y sobre el cielo azul cobalto, tachonado de flores de oro, surgiría el cortejo guiado por la estre-

lla. Sería un cortejo fastuoso y quimérico, como aquellos con que ilustrara Gustavo Doré las páginas de la Historia Sagrada, como el de Antíoco o el de la Reina de Saba. Por una vereda de luz, sobre el firmamento de una extraña transparencia de líquido zafiro, avanzarían los elefantes y los dromedarios, engualdrapados de brocados recamados de oro, de perlas y turquesas, los alados grifos, los unicornios, los tigres y los leones amaestrados, llevados por negros esclavos, y por fin, sobre tres caballos blancos, los tres Santos Reyes: Melchor, Gaspar y Baltasar, ceñidas las frentes por las coronas de piedras preciosas, arrastrando tras ellos los largos mantos forrados de armiño. Oyó un

leve ruido y entreabrió los párpados; en vez de los personajes de leyenda, vió a miss Ketti, su aya, que colocaba junto a la chimenea los presentes. Y lloró, lloró hasta quedar dormido sobre la almohada, empapada en llanto. Una adolescencia inquieta, llena de misteriosos anhelos, siguió a su infancia. Enfermiza sensibilidad dominaba su espíritu; la música le hacía llorar, y a veces un aroma, una palabra, un efecto de luz, evocando en él no sé qué misteriosos recuerdos, sumíale en honda melancolía. Entonces apoderóse de su alma un morboso misticismo; no era la religión serena, dulce y confortadora, con sus códigos de moral y su reconocimiento de humanas obligacio-

nes; era una religión puramente formal, sin profundidad de espíritu ninguna; una religión de vírgenes, de ángeles y arcángeles, que, andróginos en sus áureos atavíos guerreros, blandían las bíblicas tizonas de fuego, de luces, de flores; una religión de vaguedad, de ensueño, llena de un misticismo sentimental, sensual, exaltado y pueril, hecho de sensaciones malsanas, de arrobos y deliquios. Su imaginación flotaba en una neblina azul y luminosa, poblada de imágenes inclasificables, mientras su sensibilidad exaltada, exasperada hasta los límites de la violencia, vibraba al contacto de las sensaciones místicas, al olor del incienso y al eco del órgano. Soñaba con el martirio, con

horrendos tormentos, en un ansia casi voluptuosa de renunciamiento absoluto. A la mística fiebre sucedió la calentura artística.

Esto acaecía cuando, adolescente ya, sus padres pensaban en darle una carrera. ¡Quería ser artista! La escultura le obsesionaba; las formas sensibles de las cosas, atraíanle con invencible fuerza. En su imaginación vivían los mitos del paganismo, las hecatombes del Antiguo Testamento, las morbosas creaciones de la moderna literatura, y *veía* los gestos definitivos, la crispación de los rostros, el horror de los ojos y las bocas; veía la gracia efímera y cruel de Salomé, la altiva nobleza de Belkis, el trágico ademán de Judith, la locura de espanto de Yocas-

ta y toda la quebradiza e inquietadora gracia de Narciso, la obsesionante monstruosidad de Gorgona, la ambigua apostura de Ganimedes y la varonil presencia de Minerva. ¡Quería ser escultor! Sus padres opusiéronse; como buenos aristócratas, miraban el arte como algo inferior, hecho exclusivamente para su recreo. Ellos le hubiesen querido diplomático, abogado o militar. Pero Miguel sentía sorda antipatía por aquellas carreras. ¡Ah! ¡Si ser militar hubiese sido ir a la guerra, asistir a batallas, luchar, ver correr la sangre, partir a la conquista de misteriosos reinos, vivir en perpetua hiperestesia de heroísmo! Pero vegetar en aquella sociedad organizada, sujeto a severos códigos de ho-

nor, tener que pensar como todos, creer como todos, tener los mismos ídolos, repugnaba a la independencia de su espíritu enfermizo, enamorado de sensaciones y matices. Un odio secreto por todas aquellas gentes que, viviendo esclavas del deber, querían que las demás también lo fuesen, germinaba en él. A la postre venció. Comenzó a viajar, a visitar museos, a estudiar y, al fin, llegó el día de realizar sus sueños. Empezó la obra. Según corría el tiempo, un pesimismo amargo, fatalista se apoderaba de él, y al fin sintió un descorazonamiento inmenso. ¡No podía! Sentía la obra, la llamarada genial le iluminaba un instante, pero faltábale la potencia creadora, la constancia en el trabajo, la

voluntad. La inspiración, como la paloma del Espíritu Santo, descendía sobre su cabeza, veía en sueños la obra, y era un segundo de clarividencia; los monstruos de la mitología vivían un instante, los alados dragones aleteaban en el aire, Mercurio volaba pleno de aérea gracia, Pentesilea se lanzaba a la batalla, o Juana de Arco caminaba a la victoria. Febril trabajaba un día, unas horas, unos minutos; y era una confusa mole que palpitaba de vida, el ademán de una mano, la crispación de un rostro....luego, nada; la imagen se confundía, se borraba, y Miguel, ante la obra admirable que no acabaría nunca, lloraba su impotencia. Pero un día fué el espanto de una tragedia apocalíptica. El dragón que

dormía despertó, y Miguel dióse cuenta de que morbosas melancolías, místicas tribulaciones, inquietudes estéticas, no eran sino reflejos de sus misteriosas ansiedades sobre la piel del dormido saurio. Todos sus deseos, todas sus inquietudes, todos sus anhelos se fundieron en uno sólo, un anhelo inmenso de lujuria, una sed maldita que le abrasaba las entrañas. ¡Ah, el horror de aquella lujuria que, como un monstruo bíblico, le arrebató entre nubes de fuego! ¡Para él la lujuria no fué frívolo pasatiempo, ni alegre desvarío, ni pecaminosa recreación; para él la lujuria fué el pecado, el pecado en todo su nefando horror, el pecado feroz, cruel, sangriento, que le arrancaba aullidos de deseo, le

arrastraba al través de las ciudades dormidas como un lobo hambriento y le hacía revolcarse en los muladares como un can sarnoso. Marchó a Oriente. Pasaron ocho años; ocho años en una pesadilla lúbrica y macabra; ocho años en que no vió ni el cielo azul, ni el mar de zafiro y esmeralda, ni los jardines en flor, ni los campos cargados de frutas; en que a sus ojos alucinados ofreciéronse por doquier monstruos retorcidos en espasmos de una liviandad diabólica; ocho años en que las urbes de maravilla no fueron sino el lecho de un inmenso prostíbulo en que la humanidad, poseída de una calentura maldita, presa de una ansiedad de micos, excitada hasta la vesania, se agitaba insaciable; ocho

años en que no tuvo amigos, ni amores, ni cariños, en que todos los seres ofrecíanselele como objetos de deseo, como instrumento de placer, como víctimas de aquella morbosa crueldad de Nerón decadente, que era más fuerte que su albedrío. De aquellos días pasados en infernal torbellino sobre el mar de lodo, podredumbre y sangre, sólo flotaba el recuerdo de la azul mirada de unos ojos infantiles, unas manitas blancas y frágiles como azucenas que se agitaban implorando piedad, y la cabeza, de oro y marfil, tronchada sobre el cuerpo inanimado de una virgen, caída en el suelo, de no sé qué innoble tugurio de Constantinopla. Pero la tristeza, una tristeza lúgubre que le sumía en postración

rayana en la idiotez, turbó su espíritu, y al fin, vencido, sintiendo la querencia de sus amigos, de sus parientes, de los lugares en que transcurrió su juventud, reintegróse a sus lares. Al principio, al encontrarse en la atmósfera serena de aquel mundo casi olvidado, al evocar la imagen querida de su madre, al rememorar nostálgico los días de su infancia, una gran ternura se desbordó en su alma y sintióse bueno, dulce, casi casto. Entonces hallóse de nuevo con Ernestina. Cordial amistad habíales unido siempre: las melancolías de Miguel hallaron un eco de afectuosa simpatía en la bondadosa comprensibilidad de la muchacha. Aquella mujer, pronta a sacrificarse siempre en un peren-

ne impulso de abnegación, ansiosa de encontrar un sér débil en quien verter el inmenso tesoro de bondades que se desbordaba en su corazón, adivinando un gran dolor en su amigo, acudió a consolarle. La amistad, al correr de los días, trocóse de camaradería en fraternidad, y luego, insensiblemente, empujada por unos y por otros, hízose noviázgo. Y de pronto, cuando en la dicha de aquella realidad casi llegó a olvidar la cruenta pesadilla, el pasado inexorable se erguía ante él. La honda, la negra, la fatalista tristeza que antaño hiciérale su presa, vino a turbar su espíritu. Acudió en sus tribulaciones al médico, y, yerto de horror, oyó de sus labios la sentencia inapelable. ¡Era un

inútil, un cadáver galvanizado que por un fenómeno fisiológico aún se mantenía en pie! Los excesos habían roto su naturaleza, inutilizándole para siempre; su medula no era ya sino un pobre armazón carcomido que de un momento a otro podía quebrarse; su juventud, su airosa apostura, apariencias engañadoras como las de esas frutas que podridas por dentro y llenas de gusanos conservan aún su brillante envoltura. Y toda aquella juventud y aquel varonil vigor una mentira que resbalaría el día menos pensado en la imbecilidad o la locura. Para salvarse del abismo no había sino un remedio: vida sana, de continencia, de reposo. Campo, *sport*, serenidad de

espíritu, ausencia de cavilaciones.

Mientras hablaba, Miguel había ido excitándose. Su voz desgarrada, contenida en una imposible sordina, era una sucesión de gemidos en que amargura y desesperación se amalgamaban.

—¡Oh! Tal vez—prosiguió—si tú hubieses sido otra; si tu cariño no significase algo sagrado para mí, me hubiese callado en un triunfo de egoismo salvaje. ¡Qué me hubiese importado hacer desgraciada a una mujer! ¡Qué hubiese significado para mí engendrar unos seres raquíticos, deformes o monstruosos! Mujer, hijos, ¡qué significa todo eso ante la razón suprema de nuestro egoismo! Hubiera reposado sobre la tranquilidad de tener a alguien que

cuidase mi agonía, mi tristeza y mi miseria, alguien que a la fuerza hubiese tenido que ser mi enfermera. Pero te quiero; tú para mí eres sagrada, y, ya que cobarde, incapaz del movimiento generoso para rechazar mi bien, mi único bien, he dejado llegar las cosas hasta aquí, quiero abrír mi pecho, arrancarme el corazón y ofrecértelo sangrando y gritar delante de tí: ¡Soy un malvado! El hombre que tú creías digno de ser tu compañero no es más que un inmundo pelele a quien quizás veas vuelto a la infancia, sucio, babeante, repulsivo. ¡Como Salomón o Nabucodonosor, la maldición de Dios pesa sobre mí! ¡No merezco piedad ni compasión; las personas honradas deben escupirme y los

chicos apedrearme! ¡Como un apestado debo morir solo en un muladar, porque en mi pasado hay mucho cieno y mucha sangre!

Ernestina había alzado del suelo las luminosas pupilas de oro, y las fijaba llena de amor en el muchacho. Su rostro parecía transfigurado; una reverberación de bondad suprema, un ansia inmensa de sacrificios prestaba sobrehumana claridad a la carita irregular, dándole la apariencia de esos rostros de mártires cristianos que vemos en los cuadros de los maestros. Con gestos de iluminada comenzó a hablar.

—¡Has dudado de mí! ¿Por qué, dí, por qué? Yo seré tu guía y sostén, tu amparo y tu consuelo. Yo necesito alguien por quien sacrifi-

carme, algo con que llenar mi vida. La glacial vacuidad de todas esas existencias que nos rodean en el mundo me aterra. Nuestras almas, cuando son grandes, cuando son nobles, cuando son fuertes, necesitan de un fin, fin supremo que las haga pasar sobre las miserias cotidianas como pasa el armiño por el lodo, sin mancharse. ¿Por qué te acusas? No has sido más que débil y no mereces castigo. La opinión del mundo es indiferente. La sociedad en que vivimos tiene dos códigos de moral; lo que en unos llama amable pasatiempo en otros es calificado de crimen nefando. No; tú has sido débil, pero eres bueno y no mereces castigo. Yo te salvaré, yo seré la hermana de la caridad cuando estés

enfermo, la amiga cuando convalezcas, la compañera cuando sano y fuerte puedas afrontar la vida. ¡Yo te salvaré, yo viviré para ti, para amarte, para redimirte, para hacerte feliz!

—¡Ernestina! ¡Ernestina, hermana mía!—gimió el cuitado.

—¡Miguel, hermano mío, hermano de mi alma!—Y la muchacha, en un impulso cordial de ternura, tendióle las manos.

CAPITULO I

EL RAMO DE OLIVA

> Que lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del espíritu es espíritu.
>
> *San Juan de la Cruz. Noche oscura del alma.*

La orquesta preludió las notas de la marcha de *Lohengrin,* mientras Ernestina avanzaba grácil, aérea, elegantísima, del brazo de su padrino, el general conde de Amiel, que, doblado al peso de sus ochenta años y de los laureles ganados en tantas campañas heroicas, trataba de erguirse, satisfecho de su papel de caballero y defensor. El traje blanco, liso, sencillísimo, revolvíase en una

catarata de tules y flores de azahar que rodaba en pomposa cola sobre el tapiz que cruzaba la iglesia. Desde los cabellos de un dorado de verdosos reflejos, y prendido por la simbólica corona, enorme velo de Bruselas envolvía toda la figura en poética vaguedad, y tras el liviano cendal divisábase la carita pálida, bañada en una serena gravedad que se condensaba en los áureos fulgores de las pupilas inmensas, un poco tristes. Detrás, dando el brazo a la marquesa de Marbella, que hacía las veces de madrina, venía Miguel. Contrastando con la desbordante magnificencia de la dama, que para tal ocasión había sacado un fastuoso traje de terciopelo verde, sobre él que destacábanse las fabulosas

joyas de familia—las esmeraldas colosales, las perlas de portentoso oriente, gruesas como avellanas, los brillantes de azulados fulgores—, destacábase la apostura, llena de nobleza, del muchacho. El negro uniforme, ennoblecido al pecho por la cruz de Malta, hacíale más delgado, anguloso y alto; el rostro muy pálido, casi cerúleo, aparecía demacrado, formando extrañas oquedades que redoblaban el calenturiento fulgor de las pupilas de carbunclo; sobre la frente alta el negro cabello ponía un borde de azabache, y en toda su persona había una nobleza melancólica, un poco ascética, que, al través de su exótica elegancia, dábale una vaga semejanza con los visionarios hidalgos

que pintara el Greco. Detrás venían los testigos en abigarrada profusión de uniformes, de bandas de colorines, de bordados y de cruces y placas rutilantes.

Sobre el altar, en medio de la apoteosis de luces y de flores, reinaba la Virgen María en murillesca evocación; el rostro moreno, encuadrado de cabellos castaños, doblábase al peso de la corona diamantina; las manos, cruzadas sobre el pecho, dejaban flotar el manto de terciopelo azul constelado de joyeles, mientras su pie desnudo pisaba la cabeza de la sierpe. A los lados del ara, sobre peldaños de jazmines, descendían, como en fantástica escala de Jacob, angélica procesión de concertantes.

La iglesia era una de esas modernas capillas que construye la piedad de moda, obedeciendo a los fueros de un gótico francés convencional; por todas partes ojivas con vidrieras de colores; confesonarios de nogal tallado con pináculos y cresterías y santos de talla pintados de colorines. Demasiado blanco, excesivamente recargado de purpurinas, tenía el templo una claridad cálida y profana, propicia a las exhibiciones. Guirnaldas de rosas, de lirios blancos y de azucenas, cruzaban de columna a columna tejiendo un dosel de nieve; yedras y claveles enlazábanse a los pilares, escalaban los labrados capiteles y caían en verdes cortinas; grandes palmeras, encerradas en

macetones, erguíanse abriendo pomposas sus abanicos de esmeralda; criados atléticos, vistiendo las blasonadas libreas de gala de la casa de Marbella, daban guardia de honor a las puertas, y en la atmósfera cargada de aroma de incienso, el órgano desgranaba sus notas graves y majestuosas.

Apiñadas en mundana feria de vanidades las gentes, todas aquellas gentes de grandes nombres, de grandes fortunas y de grandes posiciones políticas, asistían entre curiosas y divertidas al espectáculo. ¡Ahí era nada la boda de aquella loca de Ernestina, famosa por sus chistes, sus procacidades y su descaro, con el bala perdida de Miguel Mañara, conocido por sus extravagancias, su

vida misteriosa llena de raras leyendas y su perpetua inadaptación al medio!

Pieles, sedas, encajes, joyas, agitábanse en inquietante vaivén que coronaba los altos penachos de los sombreros femeninos.

En un grupo, junto a a puerta, la Pancorbo y la Montaraz, rezagadas como siempre, comentaban con Julito y la marquesa de Barbanzón, el suceso.

Altiva, envuelta en el amplio abrigo de gasa y armiño, con la nobleza con que pudiera hacerlo en un peplum griego, murmuró la Barbanzón, resumiendo despectiva:

—¡Bah! ¡Tal para cual!

María Montaraz, muy castiza en su atavío rojo y negro, al que, como

a todo lo que se ponía, daba cierto aire torero el cuerpo menudo y repujado, díjolo en castellano, del clásico:

—¡Nunca falta un roto para un descosido!

La Pancorbo santiguóse (era muy devota, y mientras con un oído escuchaba los chismes, con el otro oía la Santa Misa), hizo una genuflexión que hinchó el crujiente vestido de seda negra brochado de floripondios de colores—traje de reina de los Mercados, según aseguró Julito, malévolo—, y luego echó su cuarto a espadas:

—Yo quiero mucho a Miguel, y además, no me gusta hablar mal de nadie, pero hay que confesar que tiene una cabeza imposible.

—Pues lo que es talento...—comenzó Julito.

La Barbanzón, que acababa de reñir con su séptimo amante, creyóse en el caso de volver por los fueros de la moral:

—¿Sus estatuas? ¡Una indecencia.

Joaquinita Pancorbo estaba conforme. Ella, en eso del pudor, era muy a la antigua, y no sólo se bañaba con camisa, sino que tenía la loable precaución de apagar la luz antes de acostarse con sus amantes, así que, sintiéndose la más indicada para decir la última palabra, adhirióse ccn calor:

—¡Una porquería! ¡Todas esas mujerotas en cueros!

Con energía protestó Calabrés.

—Lo que es bonitas, sus estatuas lo son.

La reina de los Mercados habló serena:

—Doblemente culpable. Si Dios le ha dado talento, razón de más para emplearlo bien.

—¡Tantos motivos de inspiración admirables como hay en la Historia Sagrada!...—suspiró la Barbanzón, que en el fondo se creía muy *Reina de Saba*.

—Como aquello de la mujer de Putifar—musitó Julito, burlón.

—Pues ¿y en el Santoral? ¿Dónde me deja usted el Santoral?—intervino Joaquinita—. Santa Catalina, la Magdalena...

María no podía perdonar a la Magdalena que se hubiera arrepentido.

—¡No, no; la Magdalena carece de *sprit!*

Calabrés apuntó:

—Santa María Egipciaca.

—Santa...—comenzó a silabear la Barbanzón, que no estaba muy fuerte en cosas de santidad.

—Sí, mujer—indicó la torera morena—, una santa que fué en peregrinación al sepulcro de Cristo, y al llegar a un río, y como no tenía dinero y los barqueros no la querían pasar de balde, tuvo que hacerles don de su cuerpo a los tres.

—Calla—apostrofó Julito con cómico espanto—. Si te oyen van a creer que estás comisionada por la agencia *Cook* para organizar viajes a Palestina. Si alguien se entera va a haber un movimiento emi-

gratorio de señoras... a pie y sin dinero.

Cesaron en su charla. La campanilla repicaba, argentina, anunciando la presencia de Dios.

Miguel, arrodillado en el reclinatorio, abatida la frente y las manos cruzadas, no rezaba. Con extrañeza dábase cuenta de que aquel momento, cuya proximidad tantos días le turbara como un paso de tragedia, apenas causábale levísima impresión. Ni pensamientos trascendentales, ni remordimientos torturadores, ni ansias de agonía: nada. Sus ojos, entornados, observaban curiosos el bello cuadro de la litúrgica cristiana.

Ante el altar, que se alzaba como una pirámide de flores, los sacerdo-

tes, revestidos de fastuosas vestiduras de raso blanco bordadas en oro y pedrerías, iban y venían lentamente en ceremoniosos ademanes, salmodiaban latines y postrábanse con genuflexiones de humilde pleitesía al Dios invisible. Los monaguillos, infantiles, con sus rizadas cabecitas rubias o morenas de serafines, dejaban arrastrar las largas colas de seda azul orladas de pluma, y envueltos en los encajes de las rizadas sobrepellices, tenían un aire andrógino, ambiguo, a que ponía una nota innoble los toscos zapatones que asomaban bajo las vestiduras talares. En torno al altar, como alrededor del Arca de la Alianza, los ángeles de talla, extraños, insexuados, en el revuelo de sus túnicas,

danzaban en convencionales posturas, tañendo instrumentos primitivos. La mística teoría, la misteriosa clave de las ceremonias y las fastuosidades sagradas, evocaban en Miguel confusos recuerdos de noches de Oriente en que manchara su alma de lodo y sangre, de raras ceremonias y misteriosos ritos con que, en los suburbios de París y Londres, intentara vivir las trágico-grotescas páginas de *La-Bas*. Pero no eran los remordimientos desgarradores que otras veces conturbaran su ánimo; era una sensación vaga, casi voluptuosa, en que al través de rosada neblina las cosas tenían vaguedad de ensueño; las escenas lúbricas se incediaban en llamaradas de satánico horror,

y los crímenes se aromaban a tomillo y romero con la vaguedad de un sacrificio pascual. Las cosas externas, las luces, las flores, la música, los cánticos sagrados, pesaban sobre su espíritu; al través de la nube de incienso veía los ojos grandes, tristes y soñadores de la imagen fijos en él; los ángeles hacíanse etéreos, irreales; las luces eran como estrellas prontas a guiarle a un Belén imaginario. Las voces del órgano llegaban hasta sus oídos con desconocidas armonías, y una quietud infinita descendía sobre su alma como una paloma de paz. Sentía un arrobo dulcísimo, un amoroso deliqüio, una ternura sin límites por todos y por todo. Como el santo Francisco, en todos veía hermanos, hermanos

en dolor y en piedad, en resignación y en mística alegría.

Entonces, como el fuego divino que Elías hizo llover del cielo sobre el altar del sacrificio, cayó sobre su espíritu el dolor inmenso de la contricción, el horror de sus pecados y la tristeza de su vida rota.

SEGUNDA PARTE

LA LLAMA DEL AMOR DE DIOS

El amor de Dios es una hoguera. Las almas son mariposas que giran alrededor de la hoguera; unas, las almas escépticas, permanecen alejadas. Otras, las pobres de espíritu, giran más cercanas en un ambiente de tibieza. Por fin las de los elegidos como mariposas ciegas que atrae el resplandor se abrasan en la hoguera.

Santa Teresa de Jesús.

El sér humano es como una casa en que ardieran muchos braserillos; si un gran fuego los envolviese, los braserillos se perderían en el incendio general.

Santa Teresa de Jesús.

CAPITULO PRIMERO

LA TRIBULACIÓN EN LAS TINIEBLAS

> Verdadera señal es de muerte el no tener obras de vida.
>
> *B.° Juan de Avila.—Epistolario espiritual.*

Fijó un instante los ojos en Ernestina, sentada junto a una mesa, al fondo del estudio. Había dejado caer la muchacha el libro que leía, y la cabeza vencida sobre el pecho, permanecía sumida en un estupor doloroso. Estaba muy pálida, muy delgada; los cabellos sin rizar caían en trova alrededor de la cabecita, dándole un aire ambiguo de paje medioeval; el cuello desnudo, largo y fino, tenía una elegancia

frágil y casta de escultura cristiana, y las manos abandonadas sobre la obscura falda daban la impresión de dos exvotos de cera. Con un esfuerzo apartó Miguel la mirada de su mujer y volvióse a contemplar el mar y el cielo, intentando reanudar el ensueño roto. Pero el místico huerto en que su alma se refugiase como en asilo de paz se alejaba al soplo de sus secretas borrascas pasionales, y su alma tornaba a caminar tambaleándse, turbada y afligida cual un sediento peregrino al través de un desierto de arena y de guijarros.

La pequeña terraza era tal que un balcón sobre la eternidad. A sus pies el mar acariciaba con zarpazos de fiera los acantilados de la

costa; la luna, al besar las aguas, rielábalas de plata; de vez en cuando un rayo, penetrando entre las olas, les daba una glauca transparencia que parecía próxima a poblarse de marinos monstruos. La bóveda de los cielos fingía la cúpula de un inmenso templo tachonado de fantásticas luminarias.

La vieja casona campesina, con pretensiones de fortaleza de la Edad Media, era romántica y triste. Encaramada en las escarpadas rocas de la costa cantábrica, separada de toda habitación por grandes bosques de pinos, fiera y agreste, no era ciertamente el retiro lleno de sedante alegría indicado para que Miguel hallase la paz del cuerpo, y con ella la del espíritu. Pero

Ernestina y Miguel, inquietos, perseguidos por una tristeza implacable, caminaban desorientados por el extraño laberinto de su vida. Primero habíanse engañado a sí mismos, y durante un año ambularon por las estaciones de moda, las ciudades encantadas del placer y los grandes centros de movimiento mundial; pero luego, rendidos al peso de su secreto, habíanse dado por vencidos, refugiándose allí. Una vez más mintiéronse; harían vida activa, sana, alegre; la caza, el campo, el mar, serían sus amigos. El arte, encarnando una de las morbosas modalidades de su temperamento, volvió a tentarle. Como siempre, su obra fué algo incompleto, inacabada; un chispazo, una vi-

sión apenas entrevista y luego nada, nada más que el vacío de su inutilidad. Allí estaba su obra; ni la serena belleza de lo clásico, ni el horror de las evocaciones bíblicas: una cosa estúpida; sus malsanos ensueños hechos cuerpos; dioses, monstruos, mitos, todos revolcándose en contorsiones absurdas, presas de una fiebre demoníaca. Ni un gesto supremo, ni un ademán definitivo, figuras caricaturescas y lamentables; el abismo inmenso entre el ensueño y la realidad cuando no está el genio para salvar la distancia.

Y rodeada de aquellos seres de pesadilla, triste, vencida, Ernestina. Caída en su regazo yacía una novela, seguramente una de aque-

llas novelas de amor con que engañaba sus misteriosos anhelos. Leía, leía mucho ahora, en una fiebre de lectura con que pretendía olvidar.

¡Oh, cómo se había burlado la vida de ellos! Porque en la vida lo terrible no es una gran catástrofe, ni un momento de dolor cruento: lo terrible, lo cruel, lo amargo es la vida misma. Hay momentos culminantes en la existencia en que el cobarde es valiente, el malo, hombre de corazón y el egoísta abnegado, porque se dan cuenta de la inutilidad de su cobardía, de su maldad o de su egoísmo. Lo difícil no es una gran explosión sentimental o un gran sacrificio; lo inexorable, lo terrible, es el vulgar cotidiano. En un instante de alucinación saltamos

sobre el peligro o la muerte; pero el tiempo es implacable, lima, desgasta, vence. Los dos se habían engañado. El, en su quimera redentorista; ella, en su altruísta anhelo de sacrificio. Porque Ernestina era sincera, de ello no le cabía duda. En su hiperestesia de renunciamiento hubiese sido capaz de todo por él. ¡Ah, si en vez de aquella monotonía aplastante hubiese habido que luchar contra algo más que contra una sombra! Si él hubiese sido un perseguido a quien la sociedad acorralaba, ella hubiese estado junto a él para compartir humillaciones y castigos; si padeciera cruenta enfermedad, ella besaría sus llagas o se arrancaría tiras de piel para dárselas. ¡Ah, si fuese un

leproso o un apestado, con qué unción soportaría el hedor y alejaría los moscardones que acudían al banquete de podredumbre! ¡Luchar, luchar contra algo o contra alguien, pero no aquel luchar contra la monotonía inacabable del tiempo! Ella no había nacido para el pasivo afecto a que estaba condenada. Y Miguel pensaba lo que tantas veces sentado en su butaca de los teatros había pensado ya: que los dramas, cuando comienzan realmente, es cuando cae el telón. Las gentes, ante un conflicto, ante una excitación de espíritu o de nervios, va a un desenlace, a un gesto trágico. Y cuando este gesto no es la muerte, al correr de los días los nervios se aflojan, las cosas vuel-

ven a su cauce y entonces, mudas de estupor, contémplanse a sí mismas en la luna de un monstruoso espejo que les hace, no como son, sino como fueron en un momento de sublime locura que no volverá nunca, ya se resignen ya sublevándose provoquen una catástrofe o una desesperada conformidad.

Tuvo un movimiento de sobresalto. La mujer, alzándose de su asiento, venía a él. Avanzaba con pasos de sonánbula, los brazos caídos a lo largo del cuerpo y los ojos extáticos, fijos en un punto imaginario. Al fin llegó a su lado, y acodóse al balcón. En la quieta dulzura de la noche primaveral, el mar cantaba su bárbara canción, y las estrellas temblaban en el cielo.

Ernestina suspiró.

—¡Qué hermosa está la noche!

Miguel no respondió nada; sentía una mano ardiente rozar su mano, y adivinaba a su lado *la enemiga*.

—¿Duermes, Miguel?—interrogó por fin.

—No duermo, pienso.

—Yo también quisiera pensar—musitó ella—, pero no puedo. ¡Siento un anhelo, una tristeza!... En estas noches tan serenas, tan dulces, tan luminosas, envidio a los brutos, a los salvajes, a los primitivos, a todos los que viven su vida sin inquietudes espirituales ni alambicados distingos. ¡Está tan hermosa la noche para hablar de amor, para morir en una caricia! ¡Ah, qué feli-

ces los que pueden amar y ser amados!

La voz temblaba con cálidas inflexiones de pasión, y Miguel sentíala trepidar de deseo, caída sobre su hombro. Habló:

—Es preciso ser fuertes. ¿Por qué rebajarnos hasta el bruto en la inmunda vida de la carne, cuando podemos vivir en el reino del espíritu? La carne es miseria y podredumbre; el amor material inmundicia que deja el cuerpo fatigado y el alma triste. ¿Por qué te dejas tentar por el escarabajo del deseo?

—Permaneció muda; dos lágrimas resbalaron por el rostro eucarístico en el blancor lunar.

Miguel sintió todo el amargo reproche contenido en aquel mudo do-

lor; una ola de piedad y de ternura desbordóse de su corazón, y cogiendo entre las manos la cabeza de Ernestina estampó en su frente un beso lleno de unción.

—¡Ernestina, hermana mía! ¡Ten piedad de mí!

CAPITULO II

ALMA MÍA, ¿POR QUÉ ME CONTURBAS?

Siendo yo en tribulación, llamé al Señor y me oyó.

Psalm. 119.

Oh, llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro;
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya si quieres;
Rompe la tela de este dulce encuentro.

Sentado en el sillón frailero ante su gran mesa de despacho, agobiada de infolios, sobre los que ponía el sarcasmo de su sonrisa una calave-

ra, Miguel leía a San Juan de la Cruz. Había renunciado al arte, que no servía sino para exacerbar tristezas con el espectáculo de su inutilidad, y vivía ahora una existencia casi monástica, en que su espíritu se apacentaba en los floridos prados del amor divino. El misticismo, como el celestial arroyo de que nos habla Fray Luis, bañaba en frescura el erial de su alma. Una gran serenidad, turbada tan sólo de tarde en tarde por apocalípticas visiones de pecado, como las que poblaron las noches de los padres del yermo, había descendido sobre su espíritu. Pasaba los días leyendo o sentado en las rocas contemplando el mar. Los versos de Fray Luis volvían constantemente a su memoria.

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruïdo,
y sigue la apartada senda por donde
[han ido
los pocos sabios que en el mundo han
[sido!
¡Oh monte! ¡Oh fuente! ¡Oh río!
¡Oh secreto seguro deleitoso!

. . . .

Sin embargo, en la aparente calma sentía a *la enemiga* a su lado. El espectáculo de aquella mujer demacrada, calenturienta, con grandes ojos de lunática, que algunas veces clavábanse en él tristes, llenos de reproches, inquietábale. Ernestina, convertida en una sombra melancólica que vagaba desorientada y vacilante por el enorme caserón, era un remordimiento vivo que llegaba a obsesionarle. La lástima

y el odio azotaban su alma por igual, y unas veces sentía honda ternura, deseos de ser bueno, de hacerla feliz, y otras una saña feroz, cruel, refinada, que fingía cruentos suplicios, inhumanos martirios con que destrozar a la bestia de las Escrituras. Para alejar de sí la imagen turbadora, volvió a su lectura.

¡Oh cautiverio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado!
¡Que a vida eterna sabe,
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

Un relámpago, iluminando un segundo con cárdenos resplandores el cuarto, hízole ponerse en pie abandonando la lectura. Más que despacho era aquello una celda conventual.

El suelo embaldosado, las paredes enyesadas y la gran ventana de cuarterones, daban una sensación de frío, de aridez. Por todo moblaje unas cuantas sillas y la inmensa mesa de escribir de roble y hierro forjado. Constituía el único adorno un viejo Cristo bizantino de lacias guedejas, enorme, ensangrentado, que tendía los brazos sobre negra cruz, mientras su descarnado cuerpo retorcíase en crispación de dolor supremo y un sudor de sangre bañaba su rostro cadavérico. A sus pies un cilicio, unas diciplinas y otros antiguos instrumentos de tortura formaban un trofeo cruel.

Miguel hallábase bien allí. La frialdad del cuarto, su hosca inhabitabilidad, le fortalecían y alejaban

malos pensamientos, haciéndole más casto, más recio, más continente.

Acercóse a la ventana, y abriéndola de par en par contempló el espectáculo terrible de la tormenta. El cielo plomizo, negruzco, estaba cerrado al horizonte por grandes nubarrones cobrizos que rasgaban de vez en cuando los relámpagos y cruzaban los rayos con cegador ziszás. Espantoso vendabal barría la playa, y sacudiendo los árboles del cercano bosque, hacíalos doblarse hasta tocar con sus ramas en el suelo; enormes masas de agua alzábanse en monstruosas olas, abriendo espantables abismos, retorcíanse en sombríos fulgores, y luego, como embravecidos mons-

truos, lanzábanse unas contra otras, deshaciéndose en montañas de espumas o precipitábanse a la conquista de la costa, invadían el arenal, escalaban las rocas y al fin fundíanse en lluvia de nieve.

El ruido de la puerta que se abría hízole volverse y hallarse frente a frente con Ernestina. Estaba lívida; dos rosetones rojos manchaban sus pómulos; los ojos fosforescían siniestros y los labios secos habíanse descolorido. Un amplio ropón de seda blanca con grandes mangas flotantes dejaba adivinar, al través de la demacración del cuerpo, la osamenta lamentable. Los cabellos mustios cubrían las orejas e iban a anudarse en un sencillo moño sobre la nuca. Avanzó con paso vacilante y

roto ademán, para dejarse caer sin fuerzas en el sillón colocado junto a la mesa.

Extrañado, interrogó él:

—¿Qué te pasa?

—¡Tengo miedo!—gimió la cuitada.

—¿Miedo? ¿De qué?—tornó a preguntar.

—No sé; pero estoy tan nerviosa, tan inquieta... Tengo miedo, muchomiedo. Miedo de la tormenta, de los relámpagos, de la obscuridad, de las cortinas que hincha el aire, miedo de todo, de todo, ¡Dios mío!—y ocultó la cabeza entre las manos.

Acercóse a ella solícito.

—¡Bah, no seas chiquilla! Un poco de nerviosidad y nada más.

—¡Estoy tan inquieta! ¡Me encuentro tan sola!

—Mira, no te pongas así—objetó él—; si no quieres seguir, si esto te parece triste, nos iremos a Madrid, a Paris, a Niza, donde quieras.

Habló Ernestina con voz desgarrada por la amargura.

—¡Qué me importa irme! Donde quiera que vaya, mis tristezas irán conmigo. ¡Ah! ¡Si supieras...— y después de una pausa, con súbita resolución:—¡Te quiero, Miguel, te quiero con toda mi alma!

Tuvo el muchacho un movimiento de sobresalto; luego, dominándose, afirmó sereno.

—Yo también te quiero. Tú eres la hermana amada que me consuela en mi tribulación.

—No, Miguel, no. Esas son locuras, alucinaciones de tu imaginanación enferma. La vida es la vida, cruel, descarnada, brutal. En ella no caben esos distingos, esas espirituales distinciones; todo eso es algo artificioso y falso, levantado por tu voluntad alucinada, que se derrumba al primer soplo de lo real. En la vida, las pasiones son las pasiones, el amor es el amor, y por encima de esas abstracciones espirituales, está el deseo.

Habíase puesto en pie y hablaba exaltada. Al agitar la cabeza, los cabellos azotaban el rostro, y en sus ojos fulguraban destellos de locura. Siguió con voz de cálidas inflexiones:

—Somos mujeres y hombres. ¿Pa-

ra qué mentirnos inocentes sentimientos, como si fuésemos espíritus puros? No, Miguel—continúo acercándose a él y apoyando en sus hombros los brazos que emergían desnudos de las enormes mangas—; te quiero, te quiero con toda mi alma, pero también con mi naturaleza toda. ¡Te quiero mío, mío sólo, mío para siempre!

Rompió él el brazo, y rechazándola con despego, apostrofó:

—¡Tú lo quisiste! Pude ser cobarde, pero nunca fui embustero. La verdad cruel y amarga quemó mis labios. ¡Tú lo quisiste! En la hora suprema te creíste fuerte.

—¡Porque te amaba, porque te amaba, Miguel, con toda mi alma; porque no podía vivir sin ti; porque

todo era preferible a perderte; porque en la alucinación de mi amor, soñé llegar a vencerte, a ser tuya!

—¡Mía!—rió con amargo sarcasmo—¡Mía! ¡Un muerto no puede ser de nadie, y yo estoy muerto, tan muerto como los que llevan a enterrar, más muerto que si en una caja me condujesen a la fosa!

—¡No, Miguel, no estás muerto! Enfermo, triste, sí; pero yo te curaré, yo tendré resignación.

Aproximóse otra vez a él y le enlazó con sus brazos. Ahora era fraternal, dulce y resignada. Miguel la dejó hacer.

—¡Yo te curaré! ¡Viviré para ti, nada más que para ti. ¡Porque te quiero, te quiero infinitamente! ¿No puedo ser más que tu hermana?

¡Pues eso seré! No quiero más que verte y adorarte, besar el suelo que pisas y dormir a tus pies como un perro fiel, vivir para ti, sufrir por ti, y si hace falta por ti morir sonriendo.

La bata desabrochada dejaba ver el desnudo seno hincharse anhelante, los ojos relucían con malsano fuego, y en la voz había temblores de mal contenida pasión. Miguel sintió la mentira de aquellas palabras e intentó romper suavemente el abrazo. Pero ella le sujetaba con ansias de agonía, mientras balbuceaba enloquecida:

—¡Miguel! ¡Miguel! ¿Me quieres, di, me quieres? ¡Yo seré tu criada, tu esclava, tu perro; pero quiéreme! ¿Me querrás, contesta, me querrás?

Serás, mío, mío, ¿verdad Miguel, mi vida?

La voz se había roto, y Ernestina, calenturienta, buscaba sus labios.

El arrojóla de sí con asco.

—¡Nunca, oyes, nunca! ¡Mi carne será de los gusanos, mi alma de Dios! ¿Oyes, desdichada, oyes? ¡Nunca!

El viento entraba furiosamente por la ventana, abierta de par en par, esparciendo los papeles por el suelo y haciendo tremolar la cabellera de Ernestina que, trágica, envuelta en el albo ropón, permanecía en pie, crispadas las manos, y en las pupilas ensombrecidas fulgores de vesania. Al fin, desesperada, loca, saltó sobre él.

—¡Miguel! ¡Miguel! ¡No me hables así! ¡No me digas eso! ¡Te quiero mío, mío!

Sus labios anhelantes buscaban la boca del amado. Lucharon en una batalla trágica, grotesca y brutal. El traje de ella se rasgaba, deshacíase, y el asceta sentía el contacto de la carne seca y ardiente, y aquel contacto le exasperaba, crispaba sus nervios; al fin ella, semi-desnuda, feroz y lúbrica como una bacante ebria, consiguió encontrar la boca de Miguel, y sus dientes clavábronse en los labios del muchacho, mientras ronca, sin soitar la presa, gemía:

—¡Mío! ¡Mío!

La mano del vencido tropezó con el frío de las disciplinas y se apode-

ró de ellas. Los puntiagudos hierros zumbaron en el aire y cayeron sobre las espaldas de la faunesa. Ernestina soltó a su víctima, y lanzando un grito agudo, retrocedió un paso; otro golpe más fuerte, más brutal, la hizo caer al suelo y allí permaneció inerte, casi desnuda, sobre las losas, la cabellera destrenzada, formando nimbo de tinieblas el rostro de alabastro, tal la visión de un Santo Abad tentado por Satanás. Pero el espectáculo de aquella desnudez excitando a Miguel, despertó su crueldad; el brazo implacable se alzó y las disciplinas cayeron nuevamente sobre el torso desnudo.

—¡Miguel! ¡Piedad!—gimió la desdichada.

Pero él seguía, seguía implacable

mientras sus labios escupían lúbricas injurias.

—¡Toma, miserable mujerzuela, engendro del infierno! ¡Eres peor que una mona lasciva! ¿No querías amor, idiota? ¡Toma amor!

Los hierros caían feroces sobre las carnes, trazando azuladas rayas. Ernestina se retorcía como una poseída, lanzaba aullidos de dolor que se perdían en el horrísono de la tempestad e imploraban compasión. Los golpes redoblaron, brotó la sangre, y Miguel, asqueado, espantado de su obra, cogió a la infeliz por los cabellos, y arrastrándola hasta la puerta, la arrojó al pasillo. Después, enloquecido, volvió las disciplinas contra sí y comenzó implacable a flagelarse. Por fin, semidesnudo,

rendido, anhelante, sudoroso y cubierto de sangre cayó de rodillas a los pies del crucifijo.

—¡Jesucristo! ¡Misericordia!

Fulguró el relámpago; retumbó un trueno horrísono, espantoso, brilló la flecha de un rayo y el fuego del cielo cayó en el mar.

CAPÍTULO III

EL DEMONIO TIENTA A LA MUJER

> Rodeáronse de mí como abejas, punzándome con aguijones y encendiéndose contra mí como el fuego en espinas.
>
> *San Juan de la Cruz.—Noche obscura del alma.*

Dejó Ernestina caer la novela que leía e incorporóse en la meridiana de paja. ¡No podía más! El atroz bochorno de la tarde pesaba sobre ella oprimiéndola como losa de plomo. Finaba Agosto y hacía un calor del trópico. El reloj señalaba las cuatro de la tarde y el sol reverberaba de tal modo en el mar, que,

pese a la defensa de las persianas caídas, una claridad verdosa inundaba el cuarto hasta hacer daño a los ojos. ¿Dónde ir a tal hora y con aquella temperatura? Reclinóse la dama nuevamente en el sofá y trató de reanudar la lectura. ¡No le era posible leer! Tiró el libro y púsose resueltamente en pie; saldría a caballo.

Hacía un mes, desde la escena trágica con su marido, llevaba una vida de *sport*, una existencia absurda en que intentaba vencer inútilmente los nervios con el cansancio físico. Galopaba horas y horas al través del bosque cercano, o bien salía mar adentro remando en un barco pesquero. A Miguel apenas si le veía. Seguía siempre triste, alti-

vo y hermético, la cabeza tronchada por un gran dolor.

Tocó el timbre y al fin apareció en la puerta la figura insolente y cínica de Pedro, el criado de confianza de toda la vida de Miguel, y que ahora hacía con ella, en sus largas excursiones, las veces de palafranero. Era un antiguo *croupier*, mozo de casino y jugador de ventaja que tuvo sus alternativas en la vida, y a quien Miguel, débil por cuanto significaba aventura, protegiera antaño y acabara por tomar de ayuda de cámara. Alto, fuerte, bien plantado, tenía el aspecto de un criado de gran casa, el rostro desvergonzado de los lacayos y la mirada de presa.

Ernestina interrogó:

—*¿Y Azor?*

—Ya está bien.

—¿Podré salir?

—Creo que sí. ¿A qué hora quiere la señora?

—En seguida, si es posible.

Creyó ver una sonrisa irónica que plegaba la comisura de los labios de su interlocutor, y pese a su altivez y a la independencia espiritual que le hiciera hacer siempre las cosas *porque sí*, porque esa era su voluntad, creyóse en el caso de dar una explicación.

—Quiero dar un paseo muy largo y no me gustaría que nos cogiese la noche en camino.

Instintivamente llevóse la mano al escote y cerró la bata. Acababa de ver los ojos del criado fijos con

codicia en el desnudo seno. No era la primera vez que sentía la obsesión de aquella mirada de animal de presa y tampoco la primera en que ella, tan fuerte, experimentaba turbación en presencia del mercenario. Pedro había visto el gesto, y adivinando la inquietud sonreía irónico, con sonrisa apenas perceptible. Ernestina dominóse, y mirándole severamente ordenó:

—¡Que ensillen en seguida!—Luego bajó los ojos. Pedro acababa de alzar las miradas del suelo y las fijaba en ella, dueño de sí, firme y dominante como un encantador de venenosas alimañas.

....

La pequeña dársena abríase en semicírculo, limitada al fondo por el

mar azul, dormido en la modorra estival. Abajo la playa agreste, en que las olas se rizaban y desrizaban blandamente; cerrándola altas rocas formaban un murallón impracticable, coronado por las avanzadas del bosque de pinos. En el firmamento, casi violeta, el sol moría, rojo, violento, monstruoso, en una apoteosis de nubes cobrizas; y destacándose sobre aquel fondo, de una luminosidad maravillosa, recortábanse exóticas, como en un paisaje japonés, las siluetas negras de los árboles. Ni un soplo de aire, ni el más ligero rastro de brisa marina, nada. Un sopor imposible envolvía la tierra, y en catalepsia de todas las cosas la cigarra entonaba su cantinela

monorítmica y zumbaban los moscardones.

Ernestina, tendida sobre la hierba, sentíase rendida por el sopor de la Naturaleza y el cansancio de la larga caminata. Una sensación de voluptuoso vencimiento manteníala en aquel nirvana delicioso en que, quizás por vez primera, conseguía olvidar, meciéndose en los linderos del sueño. Había corrido mucho en una galopada de pesadilla al través del bosque, abrasado como los del dantesco purgatorio; en aquella imposible carrera árboles y rocas habían pasado fantasmagóricos, animados por escalofriante vida de locura, y de vez en cuando, en un claro, había aparecido el mar fosforescente en cuyo fondo la muerte

tentadora la llamaba con una oferta de paz. Al fin *Azor,* débil aún para aquella caminata, vaciló, obligando a su dueña a descabalgar.

Ahora, mientras el caballo descansaba, la amazona dejábase ganar por el encanto acre y violento de aquel atardecer. Sus ojos seguían involuntariamente las idas y venidas de Pedro, que ágil, airoso, fuerte, saltaba de roca en roca. Con la pseudo librea de lienzo crudo, que más que lacayuno traje tenía el aspecto de atavío militar, propio de los ejércitos coloniales, con las altas polainas de campo y el gran chambergo caído sobre la frente, perdía todo aire de servilidad para adquirir la marcial apostura de uno de esos aventureros que van a la

conquista de la Pampa o de las minas de oro del Transvaal.

¡Qué cosas sabría aquel hombre!—pensaba Ernestina—. ¡Cuántos secretos de la vida de Miguel poseería! Confusamente la idea de *algo* comenzó a germinar en ella; en el interno cinematógrafo desfilaron procesos, jueces, abogados, sacerdotes, prelados, tribunales eclesiásticos, pleitos de divorcios, sentencias anulatorias... Rechazó aquellos pensamientos indignada: ¡jamás!, ¡jamás! Todo eso era indigno de ella y de Miguel. Prefería el horror de su vida triste y taciturna, perseguida por nefandas visiones de pecado, por anhelos y ansias de agonía y por atroces escenas de lubricidad, de fanatismo y de barbarie, como aque-

lla en que días antes creyó morir.

Pero ya el vuelo de unas gaviotas espantaba los negros pensamientos, y ganada otra vez al encanto de la modorra, sus ojos seguían los movimientos del guapo mozo. Ahora Pedro acercábase a ella, y en pie, con el sombrero en mano, esperaba respetuosamente órdenes.

—La señora dirá si nos vamos.

—Esperaremos un rato. ¡Es esto tan hermoso! Siéntese usted.

¡Oh, la audacia insolente de sus negras pupilas cómo desmentían la falsa humildad de sus palabras! De pie, varonil, airosísimo, el rostro muy moreno, los labios muy rojos y los ojos muy negros, posaba en ella una mirada intensa de deseo.

No pudiendo resistir el choque ce-

rró los párpados y aparentó reposar. Sintióle tenderse en el suelo cerca de ella y adivinó, sin verlos, todos los gestos de felino que el otro desplegaba al echarse; no podía calcular la medida exacta que le separaba de él, y el pensamiento le obsesionó. Ahora oía la respiración un poco jadeante del hombre que adivinaba en acecho; sentía la sensación de su proximidad, la certeza de que si hacía un solo movimiento tropezaría con él. Al fin, no pudiendo resistir la inquietud del silencio, habló por hablar.

—Habrá que irse pronto; debemos estar muy lejos.

—¡En diez kilómetros a la redonda no hay alma humana!—afirmó él.

La voz fué tan extraña; había en

ella un tal temblor de lascivia, unido a una fruición tan cruel, que Ernestina volvió la cabeza para estudiar el rostro de su compañero. Fué un choque intenso, violentísimo de los ojos con los ojos; estaba tendido a un paso, en la actitud de un tigre que se dispone a saltar sobre su presa; sus pupilas chisporroteaban y la boca se crispaba en una mueca de deseo. Ernestina comprendió el peligro, dándose cuenta de que estaba en manos del mercenario, de que allí era inútil gritar, pedir auxilio, intentar huir, y adivinó que lo único que podía salvarla era la dignidad austera, la certeza de su superioridad, la posesión del sentimiento de su señorío. Había que romper la peligrosa promiscuidad, estable-

cer distancías, poner entre ellos la invisible barrera de las jerarquías sociales; luego tratar de dominar al embravecido bruto como el domador vence a las fieras con la palabra o con el látigo. Pero la voluntad le traicionó; sentíase incapaz de ningún esfuerzo, de nada definitivo; sus nervios distendidos hacían de ella una bestezuela cobarde y voluptuosa que sentía un anhelo misterioso de entrega, de renunciamiento, de cosas abyectas y vergonzosas.

De improviso, Pedro saltó sobre ella; fué una lucha sin ninguno de los caracteres de tal, en que ella, vencida de antemano, apenas defendióse. Por fin, los labios de él encontraron sus labios, y Ernestina, desfallecida, agonizando de deseo, se entregó.

CAPITULO IV

NOCHE OBSCURA DEL ALMA

> Niégate a ti mismo, toma tu cruz y sigue a Jesús.
>
> *Kempis.*

Triste, la cabeza hundida entre las manos, Miguel permanecía entregado a una de aquellas terribles meditaciones que eran a modo de flagelación espiritual. ¡Cuán cruel y dolorosa la expiación de sus pecados! ¡Cuán amarga aquella muerte en vida que le convertía en un cadáver animado por el remordimiento! Hacíale falta vencerse día y noche

para desde el infierno, en que vivía sin vivir, no apostrofar al cielo. ¡La atroz miseria de la vida terrena en que no había un sentimiento casto. ni un pensamiento puro; donde todo era lujuria, concupiscencia y vanidad! El género humano entero se le presentaba como una piara, revolcándose en las inmundicias de un muladar. ¡Mundo, demonio y carne! El mundo jardín, lleno de mentirosos frutos que llevan la podredumbre en las entrañas y de flores venenosas; la carne, reina y señora que hace de los hombres lúbricos micos agitados en una fiebre grotesca, y el demonio, riendo del triunfo de su reinado sobre la tierra. Volvió los ojos al Cristo, murmurando con infinita angustia:

—¡Señor! ¡Ten compasión de mis tribulaciones!

Por la ventana abierta entraba la dulce serenidad de la noche estival. El cielo era como un panal de esmalte azul enjoyado de abejas de oro. Suave brisa traía hasta él aromas de algas y pinos, y en las frondas del jardín cantaba un ruiseñor.

La puerta giró calladamente y entró Ernestina. Dirigióse a la mesa y llamó.

—¡Miguel!

Con un esfuerzo alzó la cabeza y clavó la mirada interrogadora en su mujer, de pie ante él.

—Tenemos que hablar—formuló ella a modo de explicación.

Cogió una silla y sentóse al otro lado del escritorio. La lámpara, que-

dando entre ambos, iluminaba sus rostros. Hubo unos momentos de silencio, y al fin comenzó.

—Mira, Miguel, vengo a hablar contigo seriamente. Tal vez si fuese otro, las determinaciones que voy a tomar las tomaría sin consultarte; pero, a pesar de todo, guardo aún demasiada estimación por ti para no intentar un último y supremo esfuerzo.

Hablaba fríamente, serenamente. Su traje era severo y sencillo, un traje de campo sin teatralidad alguna. El rostro seguía pálido y demacrado, pero había en la frente un pliegue duro, enérgico, y los ojos miraban firmes, resueltos. Toda su persona perdiera el calenturiento aspecto de neurótica, y res-

piraba seguridad, decisión y una extraña crueldad espiritual que debía nacer en una firme resolución de egoísmo, en un instinto de conservación que creía por horas, por momentos.

Moralmente había cambiado mucho. Pasados los primeros días de pasión, había sentido repugnancia y desvío por el aventurero. A su espíritu noble y recto repugnaba aquella extraña situación y sentía vergüenza y desdén de sí misma. Inteligente, perspicaz, dióse Pedro perfecta cuenta de lo que pasaba en el ánimo de su señora y querida, y audaz, habló con ella. El sabia que no le quería, que cayó en sus brazos como hubiese caído en los de cualquier otro, como cae la fruta

madura al primer soplo de la brisa. Pero sabía también las amarguras de su vivir solitario, la infamia de su boda, la crueldad de aquel sacrificio inútil. El conocía el pasado de Miguel, su vivir borrascoso a través del mundo, su regreso, su enfermedad... Sabía, y lo que no sabía lo adivinaba, el altruísmo de aquel rasgo de abnegación en que ella uniera su vida a la del cuitado para ser su hermana, con una absurda quimera redentora... Todo ello era digno de su gran coraz ón, de su noble pensamiento y de su voluntad esforzada; pero la realidad implacable le había demostrado lo estéril de su holocausto; ¿para qué perseverar? Ella era demasiado leal, demasiado sincera para

aceptar situaciones intermedias que además tenían todos los inconvenientes sin ninguna de las ventajas; pues sin devolverle su libertad, colocaríala en situación falsísima de mujer separada de su marido por desconocidas causas. Había que ir al divorcio, él la ayudaría. Al principio sublevóse ante aquella idea; pero sentíase resbalar, contagiada por Miguel, en un abismo de locura, la situación en que su caída la había colocado desazonándola, y poco a poco llegó a una determinación. Por eso, frente a frente con Miguel, disponíase a explicarse:

—Miguel, vengo a hacerte un ruego. ¡De rodilla s, en nombre de cariño que me has tenido, en gra-

cia del sacrificio de mi vida entera, vámonos de aquí!

—¿Para qué?...—murmuró con infinito desaliento.

—¿Para qué?—protestó Ernestina con calor—. ¡Para huir de esta casa maldita, de esta soledad obsesionante en que tú caminas a la locura y yo a la muerte! ¡Para romper el maleficio que pesa sobre nosotros; para que nuestro drama, en medio del bullicio del mundo, sea menos sombrío, menos alucinante!

Encogióse de hombros con honda resignación.

—¡A cualquier parte que vayamos llevaremos nuestra cruz a cuestas!

—¡Por mí, Miguel, por mí!—imploró ella exaltándose gradualmente—.

¡Por el cariño que te he tenido; por todo el amor que puse en ti; por los días dichosos que junto a mí pasaste!

—¡Pobre mujer!—habló el asceta—. Si no tienes fuerzas para ser mi Cirineo, deja la cruz y sigue tu camino.

—¡Miguel, por lo que más quieras en el mundo, por el recuerdo de tu madre, por la pasión y muerte de tu Dios!

Alzándose de su asiento habíase arrojado a sus pies, y arrodillada, retorciéndose las manos en una crisis de dolor infinito imploraba:

—¡Miguel, por mi juventud rota en aras de tu cariño, por el afecto de nuestra infancia, vámonos de aquí!

Apartóla suavemente de sí y se puso en pie.

—No puede ser. Aquí he de morir. En la soledad y en el olvido como un pobre lazarino lloraré sobre la lepra de mis pecados. Vete, infeliz, déjame sin más compañía que mis remordimientos, implorar el perdón de Dios.

Ernestina, despeinada, trágica, se había puesto en pie y paseaba nerviosamente por el cuarto. El pliegue de la frente se había endurecido, y en los labios había un rictus hondo de crueldad y de desdén. Al fin detúvose ante él.

—¡Tú lo has querido!—apostrofó con violencia—. ¡Tú lo has querido! ¡Que la ola de lodo nos mancha a los dos! Yo he puesto cuanto he podido de mi parte; primero, mi sacrificio; luego, mi abnegación; aho-

ra, mi suplicio. Todo ha sido inútil. Yo quiero ser feliz, tengo derecho a ser feliz. ¡Por encima de todas las leyes humanas y divinas hay algo más fuerte que todas ellas, y ese algo es el instinto de conservación! Saldré de esta casa...

—Por tu voluntad viniste y libre eres de marcharte cuando lo desees —afirmó él.

Rió Ernestina con sarcasmo.

—¡Libre! ¡Claro que soy libre, que nada ni nadie puede atarme!... Pero no creas que me voy así, que acepto resignada el estúpido sacrificio de mi vida... No, Miguel, no. Hay un límite para todo en el mundo, y ese límite ha llegado para mí. ¡Quiero mi libertad, mi nombre, mi fortuna! ¡Quiero ser la misma que

el día en que en mal hora te ofrecí el sacrificio de mi existencia! Iremos a un proceso; nuestras vergüenzas y nuestras tristezas serán la comidilla de las gentes; nuestros secretos los arrojaremos a la voracidad del público como trozos de carne ensangrentada a la voracidad de las fieras. ¡De nuestros dolores, de nuestras luchas, unos se espantarán, otros reirán a costa nuestra! ¡Ah, cómo reirán! ¡Con qué júbilo comentarán todas las porquerías y miserias que vamos a ofrecerles!

Miguel callaba taciturno; sus ojos estaban clavados en el Cristo y sus labios parecían rezar.

Exasperada por aquel mutismo acercóse a él, y aproximando al suyo su rostro, exclamó:

—¡Ah! ¿No te importa? ¿No queda en ti nada de hombre? ¿Ni aun el pudor de tu vergüenza? ¡Ah!—tornó a reir con sangriento sarcasmo—. ¡Tu nombre rodará por el barro! ¡Tu apellido, ennoblecido en cien batallas, caerá manchado de cieno; los tuyos te repudiarán y las gentes honradas huirán de ti como de un apestado! ¿No te importa, di, no te importa?

—¡No me importa más que la miseria de mis pecados y el temor a haber ofendido a Dios!

Ernestina, ciega de ira, le escupió a la cara. Después, alzando la mano, abofeteó su rostro. Miguel recibió el salivazo sin chistar; después al sentir el golpe volvió la cara y ofreció la otra mejilla.

TERCERA PARTE

EL DRAGÓN DE LAS SIETE CABEZAS

Que polvo eres y a ser polvo volverás.

Libro del Génesis. Cap. III. Ver. XIX.

CAPÍTULO PRIMERO

EL DRAGÓN DUERME

> Que si por algún tiempo brotan, como no tienen firmeza, serán sacudidas por el viento y desarraigadas, por la violencia del huracán.
>
> *Libro de la Sabiduría. Capítulo IV. Ver. IV.*

Bajó de un salto los escalones del Palace, y cruzando el florido jardín, avanzó por la gran galería de cristales que bordeaba la playa. En Ostende, desde hacía quince días sentíase feliz, joven y fuerte, a pesar de sus cuarenta y cinco años, con esa alegría un poco bulliciosa que presta la salud.

Ancho de hombros, resuelto de ademán, el rostro sin arrugas y conservando todo su pelo, tenía un aspecto juvenil y simpático, aspecto de hombre que se muestra contento de la vida después de haberla hecho suya.

Mientras caminaba con viveza, satisfecho de la hermosura del mar, del azul del cielo, de la tibia dulzura del día estival, evocaba como una pesadilla trágica los acontecimientos desarrollados diez y ocho años antes en un rincón de la costa cantábrica. Recordaba los días atroces que siguieron a la partida de Ernestina; las olas de fango que subían hasta él, le envolvían, le ahogaban; las declaraciones de Pedro; los secretos de alcoba sacados a la ver-

güenza pública por su mujer; los interrogatorios de jueces y abogados; los dictámenes médicos... Y para colmo de horror, coincidiendo con todas aquellas miserias, el despertar de su carne, de su carne infame y miserable que poblaba de visiones nefandas sus noches de anacoreta; los atroces martirios con que procuraba vencer al enemigo; las flagelaciones que convirtieron su cuerpo en una enorme llaga purulenta, fétida, mal oliente, y por fin las escenas de horror alucinante, cuando, ante el asombro de la servidumbre campesina, que entre consternada y respetuosa asistía con supersticioso temor al sombrío drama, incapaz de una determinación que pusiese fin a aquello que consideraba, en su pue-

bluna ignorancia, como caso de excelsa santidad, entregábase a tremendos suplicios que acababan por hacer de él un esqueleto rodeado de sangrientas piltrafas, sobre las que zumbaban los moscones, tirado sobre los montones de inmundicia que llenaban el caserón convertido en estercolero. Hubiera muerto allí si en una hora de clarividencia no tuviera energía para arrastrarse hasta una casa de salud. Y vinieron los días de prueba, en que los remedios, más dolorosos que los males mismos, le hacían aullar de dolor; las horas lentas, monótonas, plomizas, de la convalecencia, y por fin su vuelta a la vida y su partida para América, con un adiós supremo a todo lo que significaba su pasado, a

su nombre, a su familia, a sus amigos, para empezar allí, al otro lado de los mares, otros rumbos que le llevasen a rehacer su existencia. ¡Diez y ocho años de lucha en que no fué más que un hombre; en que sin el apoyo y la defensa del apellido prestigioso ni el auxilio de los intereses creados tuvo que entendérselas con la Naturaleza, con los elementos. Y por fin, tras aquel duro aprendizaje, en que vió a los hombres sin el piadoso velo de la hipocresía, tal como eran, duros, egoístas, vengativos, crueles; tras días de amargura, en que el esfuerzo por la victoria no le dejó lugar a morbosas divagaciones, el triunfo de su escultura «Los luchadores», en la Exposición universal de Nue-

va York, la fama mundial, la visión de la gloria. Reveía su *obra*, muy a lo Rodin, fuerte, grande, enérgica, llena de una potente seguridad de vida; reveía escalando la escarpada roca de mármol, la procesión de colosos que en un esfuerzo supremo hacían valer las visibles musculaturas dignas del cincel de Miguel Angel.

Llegaba al *Kursaal.* En la terraza, tendida sobre el mar, los tzínganos entonaban los valses de moda, y sobre el pálido fondo que formaban el océano incoloro y bruñido como una lámina de acero y el cielo casi blanco, una multitud cosmopolita paseaba o agrupábase en torno a las mesas del te. Mujeres elegantísimas, empenachadas de

plumas, vagaban enfundadas en los moldeadores trajes de pálidas sedas que les daban el extraño aspecto de grandes ofidios; otras, vaporosas, velaban en nubes de gasas y de encajes los estragos de los años; otras, como intentando engañar con la verdad, lucían las blancas cabelleras llenas de polvos y adornadas de plumas claras como las de una Pompadour. Junto a ellas, hombres, toda clase de hombres, jóvenes y viejos, grandes señores y aventureros, petimetres ultramodernos y antiguos *dandys*, mostrábanse impecables, galantes, serviciales. Y en toda aquella frívola multitud veíase el mismo deseo de gustar, la misma ansiedad de hacerse agradables, de aparecer jóvenes, ale-

gres, atildados, como si tal fuese su única misión en la tierra.

Miguel buscó a sus amigos. Allí estaban en derredor de una mesa de te. Veía los irlandas y las fabulosas perlas que rimaban siempre a maravilla con el empolvado cabello agobiado de rosas y el estucado rostro de lady Lawrence; el resuelto ademán de Walkyria, el pelo rojo y el sombrero absurdo de la princesa Olga Wasilensky; el traje de *glace* verde esmeralda, el perfil de judía y las joyas de relumbrón de Esther Toledo, y rodeándolas los mismos *sportmen* y hombres de *club* que tenían siempre. Acercóse al grupo; lady Lawrence, cogiéndole la mano, señaló una dama que en aquel instante volvía el rostro

hacia ellos e hizo la presentación.

—Mi amigo Miguel Foolk, el gran escultor, el autor de *Los luchadores;* la *comtesse* de Clary.

¡Ernestina y Miguel estaban frente a frente! Tuvieron un segundo de estupor, y vacilaron. Pero él, mundano, correctísimo, dueño ya de sí, inclinóse rendido, galante, irreprochable, y posó respetuosamente los labios en la mano que le tendía la dama.

CAPÍTULO II

EL DRAGÓN DESPIERTA

Miserable serás dondequiera que fueres, y dondequiera que volvieres, si no fuese a Dios.
Kempis

—Voy a echarme un abrigo y nos vamos. Si no, llegamos tarde al concierto; ahí te dejo con Bob y Boby. Y Ernestina dirigióse a la puerta de su cuarto.

Miguel la miró salir con la extraña curiosidad con que desde su encuentro la miraba siempre. Había cambiado mucho; aquella belleza ardiente, dolorosa e inquieta que moldearon la lujuria, el dolor y la

locura, habíase convertido en una hermosura de matrona, serena y reposada. El traje de crespón negro, bordado de diamantes, esculpiría las curvas opulentas, sirviendo a la vez de violento contraste al escote muy blanco, sobre el que resbalaba un hilo de gruesos chatones. El rostro, más tranquilo, había ganado en dulzura lo que perdiera en expresión, y los ojos ocultaban sus áureos fulgores en la sombra de la cabellera teñida de ardiente rubio veneciano.

Los dos se habían conocido, y, sin embargo, ninguno de los dos se había dado a conocer, aparentando aceptar la mentira convencional que formara a manera de nueva naturaleza para ellos. ¿A qué adi-

vinar a Miguel Mañara y Ernestina Cisneros de Valladolid, bajo las personalidades tan diferentes a ellos mismos de Foolk, el gran escultor, y de la condesa de Clary, ciudadana de Cosmópolis? ¿Qué bien ni qué utilidad podría reportarles conjurar la pesadilla de sangre, de lascivia y de crueldad que antaño vivieron en horas de alucinación? Tal vez hubiese sido prudente huir del pasado, no jugar con la misteriosa caja de Pandora, que de un momento a otro podía abrirse, esparciendo por el mundo todos los males, pero no tuvieron energía. Algo más fuerte que su voluntad les atraía; impelíales el uno al otro con violencia irresistible. Ernestina miraba a Miguel como a un vivien-

te enigma. ¿Qué atroz yacimiento de odio dormía en el fondo de aquel alma? ¿Qué misteriosa y tremenda venganza podía meditar? ¿Habría olvidado? ¡Imposible! Hay cosas que no se olvidan nunca. ¿Por qué ahora que, viuda, respetada, feliz con sus hijos, vivía tranquila, surgía ante ella reprochador aquel fantasma del pasado? ¿Qué se proponía? Al mismo tiempo, lejana aquella hiperestesia, que hacía de ella una criatura de excepción, modificada por el contacto con la vida, sentíase muy mujer, y como tal, con un vago anhelo de dominar, de vencer, de convertir al velado en esclavo.

Miguel, a su vez, la contemplaba curioso. La mujer que él conociera antaño como una llama ardiente

que llagó su corazón, la que primero fué la esposa casta, y luego la meretriz lúbrica, engendro del infierno, mostrábasele ahora como una burguesa llena de prejuicios, de ideas falsas y de temores convencionales. Con inquietud entre irónica y melancólica trataba de leer en el fondo de aquel alma, de saber la verdad, de penetrar el misterioso arcano y aquello le ataba allí. Pero había otra razón de orden material que le sujetaba: encontrábase a gusto en la atmósfera tibia y regalada, entre aquella mujer bella e inteligente y aquellos dos niños afectuosos y buenos. Hecho a la vida áspera y cruel de los luchadores, las capuanas delicias le enervaban en una paz encantadora.

Sentado en la butaca, mecido por los acordes del piano, mientras tomaba el café, somnolaba contemplando vagamente el cuarto fresco, cómodo, veraniego, con sus muebles de nogal barnizados, sus cretonas claras, sus grabados del siglo XVIII y sus mesitas cargadas decristalinos búcaros en quemorían las flores. Al través del gran ventanal veíase el mar rielado de plata y el cielo en que pendía el argentado pandero de la luna. Junto al piano Bob y Boby, frágiles, graciosos, elegantes como figuritas de biscuit. Los dos eran semejantes, los dos tenían el mismo pelo rubio y lacio de los príncipes de balada, los dos los mismos ojos de cristal azul y el mismo cutis de gardenia; más dulce

y armoniosa la niña con su traje de muselina blanca y una rosa prendida en la cintura; más petulante Bob, con el atavío de hombrecito y el gran cuello almidonado. Miguel los contemplaba extasiado; los rostros de marfil y los cabellos de seda pálida evocaban en él el recuerdo de esos santos niños que un artífice del Renacimiento soñara en un momento de arrobo místico. Sin querer seguía sus movimientos; Bob tocaba el piano; sus gestos tenían una gracia efímera, quebradiza, llena de malsano encanto. Bob volvía las páginas con una vehemencia de héroe infantil conquistador de reinos.

De pronto algo horrendò, un huracán de fuego pasó por el alma de

Miguel. El monstruo que creía muerto, y que no estaba sino dormido, acababa de despertar; el deseo, insaciable, espantoso, apocalíptico, se alzó invencible. El escultor, lívido, los cabellos erizados y los ojos fuera de las órbitas se había puesto en pie, y con las manos crispadas dió un paso hacia los niños que se destacaban junto al piano como dos eucarísticas azucenas. Con un esfuerzo supremo de voluntad se detuvo y escondió las manos en los bolsillos. Los dedos, agarrotados, sintieron el frío de un revólver como el bienestar de una liberación.

¡Ah! ¿Para qué luchar? Todo su calvario había sido inútil. De su redención no quedaba nada más que

una mueca sarcástica del destino. ¡Miseria era y en miseria retornaba!

Rápido sacó el arma, y aplicándosela en la sien, disparó. Sonó un tiro; un doble grito salió de los pechos infantiles. En el aire sereno de la noche quebróse la última nota de la serenata de Schubert.

FIN DE LA NOVELA

BIBLIOTECA HISPANIA

OBRAS PUBLICADAS

COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

Pesetas

Primera parte de la Historia del Perú, por Diego Fernández, el Palentino, tomos I y II, cada volumen en 4.º........ 7,50

Corona Mexicana.—Historia de los Motezumas, por el P. Diego Luis de Motezuma, en 4.º, 512 páginas 7,50

COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

Genoveva, novela, por Alfonso de Lamartine, 378 páginas en 8.º 3,00

La Leyenda Dorada, (Vidas de Santos), por Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada volumen 3,00

SECCIÓN GENERAL

Lámparas votivas, poesías, por Francisco Villaespesa.......................... 3,00

Como buitres..., por Manuel Linares Rivas 3,00

La fuerza del mal, por Manuel Linares Rivas 3,50

Obras completas, por Manuel Linares Ri-

Pesetas

vas.—Tomo I: *La Cizaña, Aire de fuera, Porque sí.*—Tomo II: *El abolengo, María Victoria, Lo posible.*—Tomo III: *La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren..., En cuarto creciente.* — Tomo IV: *La divina palabra, Bodas de plata.*—Tomo V: *Añoranzas, El ídolo, Clavito*—Tomo VI: *La Raza, Flor de los Pazos,* cada tomo...................... 3,50

Tapices viejos, por Eduardo Marquina... 3,50

Frente al mar, por José López Pinillos (Parmeno)............................ 3,00

Coplas, por Luis de Tapia................ 2,50

Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras, por José Cascales Muñoz...................................... 4,00

La Política de Capa y Espada, por Eugenio Sellés................................ 5,00

La Negra, por Pedro de Répide........... 1,00

El horror de morir, por Antonio de Hoyos y Vinent.................................. 1,00

La Garra (tercera edición), por Manuel Linares Rivas.......................... 3,00

Barrio Latino, por Federico García Sanchíz...................................... 3,00

La espuma del champagne, por Manuel Linares Rivas.......................... 3,50

La guerra palpitante.................... 3,00

Una mancha de sangre, por Joaquín Belda 1,50

El Monstruo, por Antonio de Hoyos y Vinent.................................... 3,00

La Cocina racional, por Magdalena S. Fuentes................................. 3,00

	Pesetas
Mi Venus, por Joaquín Dicenta	1,00
Fantasmas, por Manuel Linares Rivas...	3,00
Fatal dilema, por Abel Botelho, tomos I y II, cada volumen......................	2,50
Años de miseria y de risa, por Eduardo Zamacois..............................	3,50
Presentimiento, por Eduardo Zamacois...	1,50
La Leona de Castilla, por Francisco Villaespesa..............................	3,50
El paraíso de los solteros, por Andrés González-Blanco........................	1,00
Al son de la guitarra, por Federico García Sanchíz............................	2,00
Toninadas, por Manuel Linares Rivas....	3,50
Una vida ejemplar, por Diego San José..	1,50
La enemiga, por Darío Nicodemi.........	3,50
El oscuro dominio, por Antonio de Hoyos y Vinent..............................	1,00
En camisa rosa, por Felipe Trigo	3,50
El crimen de Avellaneda, por Atanasio Rivero..............................	3,50
Al margen de la vida, por Baldomero Argente..............................	2,00
Rosalía Castro, por Augusto González Besada..............................	2,50
Más chulo que un ocho (segunda edición), por Joaquín Belda.....................	1,00
Los cascabeles de Madama Locura, por Antonio de Hoyos y Vinent	3,50
Los Lázaros, por Abel Botelho...........	3,50
Las noches del Botánico, por Joaquín Belda..............................	2,00
Jesús que vuelve, por Ángel Guimerá....	3,50

	Pesetas
Como hormigas..., por Manuel Linares Rivas	3.50
El caso clínico, por Antonio de Hoyos y Vinent	0.95
La mujer española, por S. y J. Álvarez Quintero	1.00
La Procesión del Santo Entierro, por Antonio de Hoyos y Vinent	0.95
La Providencia al quite, por Eugenio Noel	3,50
Terra incognita, por el Marqués de Cortina	1,50
Memorias de un suicida, por Joaquín Belda	2,00
Campoamoriana, por A. Ferreira d'Almeida	1,50
Las chicas de Terpsícore, por Joaquín Belda	3,50
Los toreros de invierno, por Antonio de Hoyos y Vinent	0,95
La dolorosa pasión, por Antonio de Hoyos y Vinent	0,95
El secreto de la sabiduría, por Rafael Cansinos-Assens	1,50
Las zarzas del camino, por Manuel Linares Rivas	3,50
El Conde de Valmoreda, por Manuel Linares Rivas	3,00
Un pollito «bien», por Joaquín Belda	1,00
La Coquito (quinta edición), por Joaquín Belda	3,50
El martirio de San Sebastián, por Antonio de Hoyos y Vinent	0,95
Traviatismo agudo, por Joaquín Belda	2,00

	Pesetas
La atroz aventura, por Antonio de Hoyos y Vinent	0,95
Cada uno a lo suyo..., por Manuel Linares Rivas	1,00
Las frecuentaciones de Mauricio, por Antonio de Hoyos y Vinent	3,00
El hombre que vendió su cuerpo el diablo, por Antonio de Hoyos y Vinent	0,95
El árbol genealógico, por Antonio de Hoyos y Vinent	3,50
La diosa razón, por Joaquín Belda	3,50
Ninfas y sátiros, por Alvaro Retana	3,00
En cuerpo y alma, por Manuel Linares Rivas	2,00
La zarpa de la esfinge, por Antonio de Hoyos y Vinent	0,95
La trayectoria de las revoluciones, por Antonio de Hoyos y Vinent	2,50
Cobardías, por Manuel Linares Rivas (séptima edición	2,00
La Farándula, (3.ª edición), por Joaquín Belda	3,50
La verdad de la mentira, por Pedro Muñoz Seca	3,00
Anécdotas picantes, por Luis de Oteyza	1,50
La bajada de la cuesta, por Joaquín Belda	1,00
El retorno, por Antonio de Hoyos y Vinent	0,95



